



EL ESTADO DE SITIO

Dramaturgia de **Juan García Larrondo**
inspirada en la obra homónima de
Albert Camus

PRIMER PREMIO DE TEATRO "ALFRED DE MUSSET" 2018

A OBRA DE NUEVA CREACIÓN
INSPIRADA EN UNA OBRA PREVIA

de

EDICIONES IRREVERENTES

UN LUGAR COMÚN

“*El estado de sitio*”, escrita y estrenada por primera vez en 1948 es, sin duda, una de las cimas literarias del escritor Albert Camus. En ella, el genial filósofo, novelista, dramaturgo y ensayista francés, quiso imaginar y hacer inteligible el mito de la Peste para los espectadores de su época. Para ello intentó alejar su obra de la estructura teatral tradicional y concibió el espectáculo con la ambición de mezclar en él varias de las formas de expresión dramática hasta entonces conocidas: monólogos líricos, pantomimas, diálogos, la farsa o el coro al modo de las tragedias griegas. Mi aportación en la presente dramaturgia, hecha a petición del Centro Andaluz de Teatro para su estreno en 2012, ha pretendido respetar al máximo esos anhelos, esencialmente en el aspecto literario, pero dejando que sus palabras se apareasen con las mías hasta crear un estilo y un acento que pudieran seguir siendo comprensibles a nuestros oídos casi seis décadas después. En cierta forma, ha sido como devolverle la poética que él mismo me reveló cuando leí el texto por primera vez con apenas 20 años, “un baile pendiente”, si me permiten la expresión. Confío en haber pasado desapercibido y haber logrado estar a la altura de su voz, de su mensaje y de su obra.

En cualquier caso, al margen de las coincidencias o las diferencias literarias, semejante encuentro no habría podido darse sin la existencia de un acervo compartido y de un lugar común. Un lugar mítico pero también necesariamente físico: Cádiz. No es azaroso que Camus eligiera esta ciudad–estado atemporal, atávica, casi épica, para ubicar su drama dentro de *sus terribles fortalezas*. Cádiz: tantas veces asediada, muerta y resucitada hasta ser más eterna que la misma Roma. Es obvio que Camus escogió esta isla vulnerable a todas las pandemias de manera deliberada.

Su vinculación afectiva con España, su repulsa a la tiranía franquista y sus conocimientos sobre nuestra Literatura tampoco debieron ser factores ajenos a esta decisión tan “escenográfica”. Camus, hombre mediterráneo al fin y al cabo, conoce que el mar es puerta de llegada y término de numerosos viajes. Y sabe que Cádiz, por su particularidad geográfica, es un escenario idóneo para el peor de los asedios: la isla se transforma en cárcel sitiada por la Peste y, de este modo, en el medio apropiado para que se propaguen sus miasmas y causen un dramático desenlace entre sus habitantes.

Los gaditanos conocemos sobradamente esa sensación. Nacemos y crecemos con el mar siempre rodeándonos, respirando sus vientos, conviviendo con él en armonía o temiéndole desde tiempos inmemoriales. Después de todo, la vida y la muerte nos llegan siempre a través de él y sabemos lo que significa sobrevivir asidos a tierra firme por un fino hilo de arena que la Parca puede cortar cualquier noche de arrebato tempestuoso. Quizás por eso valoramos tanto la libertad y quizás por eso hubo un momento, hace doscientos años, que padecimos el espejismo de convertirnos en farallón para resistir ante quienes pretendían arrebatarla.

Probablemente por toda esa conjunción de coordenadas geográficas y románticas, Camus decidió que Cádiz era el lugar perfecto para poner en sitio las libertades esenciales de los hombres y probar hasta dónde es capaz el ser humano de llegar con sus miserias o con sus proezas, sin ningún Dios ni otro gobierno más que el totalitarismo de la muerte. Y para enfrentarse a tan definitiva adversidad creó el autor a *Diego*, protagonista y héroe que, a la manera de las tragedias clásicas e inspirado por el amor a sus semejantes y a la libertad, sacrificará su vida para salvar la ciudad y, con ella, la alegoría de una humanidad condenada a sufrir hasta extinguirse. Esa es precisamente la grandeza y la esperanza que Camus defiende, el Hombre en el que

él cree, que tiene la obligación moral de derrotar a sus peores miedos para ser libre y medrar luego como especie. Por ello su obra es tremendamente visionaria. De hecho, aún hoy el miedo sigue siendo el peor enemigo de los hombres. No hay mayor esclavitud que la de sobrevivir asfixiados entre el terror intrínseco a existir y el terror que nos infligimos a nosotros mismos. Las epidemias ahora se propagan de formas diferentes, se transmiten a velocidades cibernéticas y nos anestesian o controlan de formas variopintas. Hemos alcanzado grandes libertades, pero nunca antes hemos sido tan vulnerables, tan manejables, tan temerosos a reconocer lo mucho que nos necesitamos los unos a los otros para seguir viviendo. Ciertamente, el argumento de “*El estado de sitio*” no ha perdido vigencia, aunque hoy todo es mucho más sutil y quizás menos poético. De ahí el aviso a navegantes del autor francés: los bacilos de la Peste jamás mueren ni desaparecen. Permanecen ahí, adormecidos, esperando el día y la ocasión de mandar sus ratas a cualquiera de nuestras ciudades para ponerles sitio. Por eso los diálogos de Camus siguen siendo paradójicamente tan actuales. Yo me he impregnado de ellos, me he revestido con su mensaje de valentía y me he posicionado a la sombra de su genio y de su latitud. Solo soy un soldado más, un ciudadano de un lugar común asomado al escenario de un Cádiz universal y utópico que es una metáfora de nuestro mundo, constantemente en sitio. Añado mi pulsión, una emoción compartida y redondo el eco de las palabras que ya Camus nos dejó perfectamente escritas y que, en definitiva, son las únicas que importan y merecen quedar en nuestra memoria colectiva.

Juan García Larrondo
Cádiz, primavera 2018

"EL ESTADO DE SITIO"
de **ALBERT CAMUS**

en versión y dramaturgia de
JUAN GARCÍA LARRONDO

se estrenó el 10 de enero de 2012 en el
Gran Teatro Falla de Cádiz
con motivo del Bicentenario de "La Pepa"

en una producción del
CENTRO ANDALUZ DE TEATRO
en colaboración con
el **Consortio para la Conmemoración del II Centenario de la**
Constitución de 1812
y el **Servicio de Cooperación y Acción Cultural de la Embajada**
de Francia en España

Con el siguiente reparto:

JOSÉ PEDRO CARRIÓN / ANTONIO DECHENT
JUANMA LARA / ESTHER ORTEGA / LUIS RALLO
CELIA VIOQUE / LUIS CENTENO / LARA CHAVES
NEREA CORDERO / MARTA ESCURÍN / DIEGO FALCÓN
AMPARO MARÍN / VIRGINIA NÖLTING / JAVIER PARRA
F. M. POIKA / ESTHER PUMAR / NORBERTO RIZZO
JORGE RUIZ / MIGUEL ZURITA

Música: **ANTONIO MELIVEO**
Dirección Vocal: **JULIA OLIVA**
Escenografía: **GIULIANO SPINELLI**
Vestuario: **PEDRO MORENO**
Iluminación: **MIGUEL ÁNGEL CAMACHO**
Dirección: **JOSÉ LUIS CASTRO**

EL ESTADO DE SITIO

PERSONAJES

NADA

LA PESTE

LA SECRETARIA

VICTORIA

EL JUEZ

LA MUJER DEL JUEZ

DIEGO

EL GOBERNADOR

EL ALCALDE

EL CURA

EL PESCADOR

EL MENSAJERO

EL HERALDO

HOMBRES Y MUJERES DEL PUEBLO

MERCADERES Y TRANSEÚNTES

BAILARINAS Y MÚSICOS

FUNCIONARIOS

ENFERMOS Y CADÁVERES

EL ENTERRADOR

ENFERMERAS

GUARDIAS DE VARIAS ÉPOCAS / ÁNGELES

EL SÉQUITO DEL GOBERNADOR

EL SÉQUITO DE LA PESTE

Primera Parte, *El Cádiz mítico.*

Susurro de mar en calma cuyas orillas acarician una suave ensenada a manera de puerto natural. Luz de luna y nocturno de verano. Al lado izquierdo, sobre una elevación de bloques o rocas, se erige un rústico faro coronado por un débil fuego. Junto a él dormita, borracho, el farero (NADA), que observa algo sátiro como, a sus pies, varias parejas yacen amándose en la arena. Al lado derecho, los monolitos forman una especie de templo ancestral, sobre cuyos cimientos luego se levantará la Iglesia. De repente, al fondo, un cometa atraviesa el cielo estrellado, iluminándolo todo y provocando que las parejas detengan sus cópulas y se levanten, alarmadas, mirando el firmamento. Los personajes –que van escasamente ataviados con ropajes y ajuares de aspecto protohistórico o tartésico– dan la espalda al público, inmóviles, con la cabeza en dirección al meteoro.

VOCES DEL PUEBLO: ¿Qué es eso? ¿El fin del mundo?
¡Son las lágrimas de Melkart!
Los dioses no lloran, y menos, por nosotros.

Los personajes retroceden, asustados. El farero se incorpora, despertando, mientras el cometa crece con desmesura hasta estrellarse y provocar una explosión. Los personajes corren despavoridos.

VOCES DEL PUEBLO: ¡Se ha estrellado contra el templo!
¡Entonces el puerto de Gadir está maldito!

Miran fijamente cómo el fuego se extingue. Aparece un GUARDIA (Ataviado como un guerrero fenicio o púnico) y les increpa.

GUARDIA: ¡Meteros en vuestras casas! Lo que habéis visto no significa nada. Luz y ruido, solo eso. Al final, nunca pasa nada.

HOMBRE 1: Pero, ¿no ves que ha destruido el santuario sagrado de Melkart? ¡Es una señal! Y los dioses no se atacan entre ellos sin motivo.

HOMBRE 2: Pronto tendremos guerra: eso es lo que significa esa señal.

HOMBRE 3: Esto es una isla y aquí siempre estamos en guerra.

GUARDIA: ¡Todos a sus casas! Si es guerra, la guerra es asunto nuestro, no vuestro.

NADA: (*Descendiendo del faro con su cojera*). ¡Ya! Pero luego sois vosotros, los soldados, los que morís en vuestras camas y nosotros los que morimos acribillados por las flechas...

EL PESCADOR: ¡Ya tuvo que hablar Nada! ¡El idiota!

DIEGO: (*A Nada*). ¡Eh, Nada! Desde el faro has tenido que verlo todo, ¿no?

NADA: (*Lisiado, ebrio*) ¡Pues claro! Pero lo que yo tengo que decir no os gustaría, creedme. Además, yo solo hablo cuando la saliva se me vuelve vino.

Se lleva una jarra a la boca.

EL PESCADOR: ¿A qué se refiere?

DIEGO: (*Asido a VICTORIA*). No le hagáis caso. Está borracho. Pero manteneos alerta, por si acaso.

GUARDIA: (*Saliendo pero mirando al cielo con recelo*). ¡Volved de una vez a vuestras casas!

NADA: (*Irónico*). ¡Qué lúcidos son nuestros guardias! ¿Desde cuándo les pagan por pensar a los soldados?

DIEGO: Mirad: vuelve a empezar...

En efecto, otro cometa atraviesa el cielo. El zumbido comienza nuevamente. Todos se precipitan a mover los bloques y a construir una muralla para protegerse.

VOCES DEL PUEBLO: ¡Esto ya no es casualidad! ¡Nos atacan! ¡Gadir está siendo destruida!

¿Por qué? ¿Qué hemos hecho para que Astarté nos castigue de esta forma?

Esta vez el cometa se estrella sobre el mar. Amanece.

NADA: *(Subido en su faro, apagando el fuego y en tono de burla).* ¡Escuchad!: Yo, Nada, farero y luz de esta ciudad, borracho por desdén, por asco y por lo mucho que os desprecio, deseo haceros una advertencia gratuita. Desde mi faro lo he visto suceder una vez tras otra desde el principio de los tiempos, desde antes incluso que el océano se tragara a la soberbia Atlántida. Es siempre lo mismo: una luz errante atraviesa el cielo, un siniestro barco se aproxima, un ejército nos asola y, al final, la muerte nos iguala a todos sepultándonos en un mar de tiempo. Hace falta estar algo borracho para darse cuenta, pero esos cometas traen los peores augurios. ¿No me creéis? Me lo esperaba. Hoy habéis comido, habéis fornicado, habéis trabajado vuestras horas y habéis ganado para mantener a vuestras familias. Pensáis que ya todo está en su sitio; ¿no? ¡Pues no! ¡No estáis dónde creéis, insensatos! Estáis en una fila, en una lista de espera que os conduce directamente a la calamidad. La nave que hoy arriba a esta isla no trae finas cerámicas griegas ni armas de Fenicia. Os pongo sobre aviso simplemente para dejar tranquila mi conciencia. Advertidos estáis. *(Riendo, sarcástico).* Pero no os

inquietéis. Nuestras autoridades siempre están aquí para pensar por nosotros y protegernos de los males que se nos avecinan, ¿verdad, señor juez?

Aparece el JUEZ. Los hombres comienzan a construir su casa junto a la muralla.

EL JUEZ: No blasfemes, Nada. Llevas ya mucho tiempo tomándote demasiadas libertades con el cielo y al final te acabaremos condenando...

NADA: *(Conciliador)*. ¿Qué he dicho de malo sobre el cielo? ¡Si yo apruebo todo lo que él hace! Lo que ocurre es que tengo la impresión de que esto no es cosa del cielo.

EL JUEZ: Por desgracia tienes razón y temo que cuanto acaba de suceder es aviso de que algo cruel se cierne sobre nosotros, pero solo sobre aquellos que, como tú, tenéis el corazón corrompido. Así que más os vale a todos temed y rogad a los dioses para que perdonen nuestras cuitas. ¡De rodillas!

Todos obedecen, excepto NADA.

EL JUEZ: Ten temor y arrodíllate.

NADA: *(Provocando quedas risas)*. ¿Qué más quisiera, señoría? Pero tengo la rodilla tiesa y ninguna moral cerca que merezca doblegármela. ¡Ni siquiera la vuestra!

EL JUEZ: Entonces, ¿no crees en nada, desgraciado?

NADA: En nada de este mundo más que en el vino. Pero del cielo, en nada.

EL JUEZ: *(Sumiso, a las Alturas)*. Perdonadle, Dioses, porque no sabe lo que habla...

NADA: *(Renegando)*. Olvídate de los dioses. ¿No ves que hasta ellos se han marchado espantados ante el horror que se

avecina? (*Camina hacia DIEGO*). Tú, que eres más cabal, regálame una jarra de vino, cuéntame tus amores y a cambio te confesaré el secreto de este energúmeno...

DIEGO: (*Algo molesto*). Sabes que me voy a casar con su hija. Así que deja de ofenderle porque me ofendes a mí también.

Trompetas. Entra el mismo guardia de antes, ataviado ahora como un legado romano.

EL HERALDO: ¡Orden del gobernador! Que todos se retiren y vuelvan a sus tareas. Dado que los buenos gobiernos son aquellos en los que nada pasa, la voluntad del nuevo gobernador es que no pase nada en su gobierno para que éste continúe siendo tan bueno como siempre. Se asegura, pues, a los habitantes de Gadir –que desde hoy pasará a llamarse Gades– que en este día no ha pasado nada por lo que valga la pena alarmarse. Por eso todo el mundo, a partir de ahora, negará haber visto cometa alguno en el horizonte de la urbe. Todo el que contravenga esta decisión, todo habitante que hable de cometas de modo distinto a como fenómenos siderales pasados o por venir, será castigado con el rigor de la ley.

Trompetas. Todos obedecen y se retiran, excepto NADA, VICTORIA y DIEGO.

NADA: (*A DIEGO*). ¿Qué me dices de esto? ¿Tengo razón o no la tengo?

DIEGO: Mentir es siempre una estupidez. Y aún más mentirse a uno mismo.

NADA: ¡Sólo es política! Pero yo lo acepto, porque tiende a suprimirlo todo. (*Ríe*) ¿Ves qué magnífico gobierno tenemos? Con él hasta los ciegos podrán ver llegar la hora de la verdad...

DIEGO: No anuncies desgracia. ¡La hora de la verdad es la hora de la muerte!

NADA: ¿Y qué he dicho? ¡Muerte para el mundo!

DIEGO: Desprecias demasiadas cosas, Nada.

NADA: Porque nada necesito. Nada de esta tierra: ni rey, ni cometa, ni moral... Estoy por encima de todas las cosas y ya no deseo nada. Y menos que nada, vuestro aprecio.

DIEGO: Nadie está por encima del honor.

NADA: ¿Y para qué te sirve el honor cuando se pudre junto a tu mortaja?

DIEGO: Está visto que contigo no hay manera. Vengan los gobiernos que vengan, a mí el amor es el único que me manda. Por eso no creo en la calamidad que anuncias, agorero. ¡Prefiero ocuparme de ser feliz!

DIEGO sale con VICTORIA. NADA sube cojeando hacia su faro.

NADA: (*Amargo*). Mal haces en esperar del amor, muchacho, porque aquí ya comienza la comedia y pronto estaréis todos definitivamente muertos. (*Alza la copa, sarcástico*) ¡Morituri te salutant!

Brevísimo oscuro.

Cuando vuelve a iluminarse el escenario, descubrimos que los bloques conforman ahora un pequeño muelle frente al que se dispone una especie de mercado de ambientación romana. La casa del juez ha crecido y VICTORIA se asoma al mundo desde una de sus ventanas. A la derecha, otras gentes del pueblo levantan una especie de Palacio. Los personajes del pueblo adoptan distintos roles (mercaderes, obreros, transeúntes, mendigos, pescadores, bailarinas...) Algarabía. Música. Al fondo, el templo ha sido reconstruido al estilo de la nueva época

y en el mercado de esta pequeña Roma se desarrollan paralelamente algunas de las escenas...

MERCADER 1: *(Con alegría)*. ¡Frutos de todos los veranos del mundo! ¡Uvas pegajosas! ¡Garum! ¡Melones, higos, albaricoques y manzanas!

EL PESCADOR: ¡Doradas, sardinas y pescado fresco llegado de los mares tranquilos!

Gritos de alegría. Música. En uno de los rincones bailan semidesnudas algunas BAILARINAS. Los transeúntes las adoran. Mientras, en la pesquería...

EL PESCADOR: *(Entre redes y corales)*. ¡Mirad mis doradas frescas como claveles!

TRANSEÚNTE VIEJO: *(Con sorna)*. Comparadas con esas bailarinas, tus sardinas parecen rancias...

EL PESCADOR: ¡Tú si que estás rancio, anciano! ¡Largo, que me espantas la clientela!

TRANSEÚNTE VIEJO: ¡Hijo de mala madre! ¡Un respeto a estas canas!

EL PESCADOR: ¡He dicho que fuera! ¡Viejo cometa!

La música calla y todo el mundo se queda paralizado, con el dedo en los labios, al oír la palabra prohibida. Tras la brevísima pausa, recuperan la movilidad como si no hubiese pasado nada. Mientras, DIEGO se acerca, seductor, a la ventana de VICTORIA.

DIEGO: *(Zalamero)*. ¡Victoria! ¡Por fin te dejas ver!

VICTORIA: *(Cariñosa)*. ¡Exagerado! ¡Pero si nos vimos anoche!

DIEGO: Estaba tu padre y no era lo mismo.

VICTORIA: Lo importante es que mi padre ha consentido y que pronto podrás tomarme como esposa. Estarás contento, ¿no?

DIEGO: De lo contrario habría acabado raptándote. Ya sabes que aquí soy el único hombre capaz de mirar a tu padre frente a frente y sin temerle.

VICTORIA: Por eso te elegí, canalla. Desde que te conocí tengo dentro una manada de caballos galopándome el vientre y tiemblo esperando el momento en que me beses en la boca.

DIEGO: ¡Cómo sabes agitar mi sangre! Mañana yo domaré esos caballos y cabalgaremos juntos hasta que la tierra nos llame.

VICTORIA: (*Azorada*). ¡No sé si me acaloran más tus palabras o este calor que hace! Tú que entiendes de mares, ¿qué viento sopla?

DIEGO: Sople de donde sople, a mi también me abraza. Anda, dame saliva de tus labios y aplácame estas calores...

Ambos se aproximan y se abrazan. Intentan darse un beso. Ríen, pues los barrotes de la ventana les impiden besarse.

VICTORIA: ¡Ah! Me hace daño amarte tanto. Acércate más.

Por fin consiguen besarse.

DIEGO: ¡Me tienes loco! ¡Te huele el pelo a marea baja!

VICTORIA: Me lavo con agua clara para esperarte todas las noches en mi ventana.

DIEGO: Y las mejillas te huelen a limonero.

VICTORIA: Serán los besos que me diste anoche, que se me han convertido en flores.

Se miran en silencio, enamorados.

DIEGO: ¿No dices nada?

VICTORIA: La felicidad me deja sin palabras.

Mientras tanto, la actividad sigue en la plaza. Música étnica y atávica que hace danzar a las bailarinas. La gente del pueblo se arremolina alrededor de ellas para contemplarlas.

MERCADER 2: *(Con acento extranjero).* ¡Abrid bien los ojos, hijos de Hércules! ¡Deleitaros con sus encantos! ¿No son estas gaditanas las mujeres más bellas de toda Hispania?

Todos admiran la danza y los cuerpos semidesnudos de las bailarinas mientras sigue el ajetreo del mercado. VICTORIA regaña, celosa y divertida, a DIEGO por mirar embelesado a las danzantes.

EL PESCADOR: ¡Sardinas en salmuera! ¡Colas de sirenas auténticas!

MERCADER 1: ¡Encajes de novia hechos con corales del Jardín de las Hespérides!

EL PESCADOR: ¡Mirad mis sardinas todavía respirando mar salada!

NADA: *(Apareciendo borracho, agrio).* ¡Maldita raza de sanguijuelas! Coged vuestros pútridos corazones, vuestras raspas y vuestras mentiras y machacadlo con vuestras muelas hasta que se os caigan los raigones y solo quede yo para bebérmelo después todo.

Hacen caso omiso. Se burlan de él. Música de trompetas. El GOBERNADOR con su SÉQUITO y EL ALCALDE salen del

Palacio y llegan al mercado. Se instalan. La gente se arremolina ante las autoridades (que parecen altos dignatarios romanos)

EL GOBERNADOR: ¡Salve, gaditanos! Vuestro gobernador se alegra de veros reunidos como de costumbre en medio de las ocupaciones que constituyen la riqueza y la paz de Gades. Celebro comprobar que nada ha cambiado, y eso es bueno. Los cambios me irritan. Me gustan mis costumbres.

NADA: *(Sarcástico)*. ¡Aquí nunca cambia nada! Los pobres seguimos siendo pobres, podemos asegurártelo. Nos alimentamos de mendrugos y de escamas, pero estamos contentos de saber que otras gentes comen siempre guisos de gallina y otros manjares que no están hechos para paladares amargos como los nuestros. ¡Aquí nunca cambia nada! A veces oímos ruidos extraños que vienen del mar, o del cielo o, incluso, de nuestras tripas vacías pero, gracias a tus cuidados, se nos hizo saber que nunca ocurrió nada y que nuestros oídos debieron de estar sordos.

EL GOBERNADOR: *(Algo molesto)*. El gobernador se alegra mucho, farero. Nada bueno hay en lo nuevo.

EL ALCALDE: ¡Bien dicho! Nada bueno hay en lo nuevo. *(Excusando a NADA)*. Los pobres de esta ciudad no han querido ser irónicos, señor...

EL GOBERNADOR: *(Restándole importancia)*. ¡Gracias, ciudadanos de Gades! ¡Que nada cambie! Y, durante la espera, ¡que nada se mueva!

NADA: *(Borracho, aplaudiendo)*. ¡Eso! ¡Que nada se mueva, gobernador! ¡Suprimidlo todo, excepto el vino y la locura! *(Se tambalea y cae. Todos ríen)*.

EL GOBERNADOR: ¿Veis? ¡Nada ha cambiado! ¡Nada pasa ni en el suelo ni en el firmamento! ¡Todo está en orden! ¡Felicidad! ¿Qué importa lo demás? ¡Divertíos y gozad de este verano!

NADA: (*Levantándose y señalando al cielo*). ¡Ahora en serio! ¡Que nadie se mueva! ¿No lo oís venir de nuevo hacia nosotros? ¡Se acaba el estío, insensatos! ¡Esta vez sí que es verdad que llega la inmovilidad absoluta! Y con ella, una vez más, la misma historia...

En efecto, el silbido precede al nuevo cometa que se acerca y que, ante el estupor de todos, se estrella tras el templo. Gran consternación. El CURA (de aspecto paleocristiano) se asoma tímidamente de entre las ruinas del templo y comienza a transformarlo, asustado, en una especie de pequeña iglesia. En el silencio de los murmullos suenan dos enormes golpes secos. Una de las bailarinas sale del grupo, avanza entre el gentío, tambaleándose, y finalmente, cae en medio de la multitud, que la rodea. Tras unos segundos de consternación, DIEGO se abre paso y auxilia a la bailarina.

DIEGO: (*Alarmado*). ¡El médico! ¡Que venga el hierofante!

El CURA se aproxima, temeroso, desprendiéndose de sus ajuares paganos, ataviándose de férulas cristianas y santiguándose constantemente. Examina el cuerpo entre el pavor de la muchedumbre.

DIEGO: ¿Qué le pasa? ¿Qué son esas marcas? (*Le examina las axilas y se aparta, espantado*). ¡La Peste!

Todo el mundo hace una genuflexión y cada cual repite la palabra cada vez más fuerte y más rápidamente mientras se ocultan en torno al gobernador, que no sale de su asombro. La joven huye, agonizando, repudiada por todos.

EL CURA: ¡Apartaos de la Gran Ramera! ¡Todos a la iglesia! Llega el castigo. ¡El antiguo mal ha caído sobre la ciudad! Es lo que el cielo envía desde siempre a las ciudades corrompidas para castigarlas por sus pecados. ¡Como Sodoma y Gomorra! Rezad ahora al Dios de justicia para que olvide y perdone. ¡Rápido! ¡Refugiaros en la iglesia!

Algunos se precipitan a la iglesia, cuya campana toca a muerto. Otros deambulan, horrorizados, buscando un lugar donde esconderse y evitándose con asco entre ellos. El séquito protege al GOBERNADOR que se adentra en el palacio junto al ALCALDE.

NADA: *(Cubriéndose la boca y volviéndose a su faro).* Os lo dije: Ya ha llegado. ¡Sequía, hambre y peste para todos!

En el caos, VICTORIA se pierde de DIEGO.

VICTORIA: ¡Diego! ¿Dónde está, Diego?

MUJER 1: ¡No lo sé! ¿Has visto los bultos que tenía esa desgraciada en las axilas?

MUJER 2: ¡Es el fin del Mundo!

VICTORIA: ¿Pero habéis visto a Diego?

MUJER 2: ¡Huye! ¡Huyamos todos o no quedará nadie vivo para enterrar a los muertos!

Durante toda esta escena el cielo se sigue llenando de cometas cuyos zumbidos, parecidos al de un enjambre de moscas, acentúan la sensación de terror general. Los meteoros, al precipitarse, se transforman en figuras parecidas a ángeles caídos (Son los futuros guardias de La Peste, parecidos a ratas aladas o murciélagos). Se levanta una especie de viento frío

mientras el sol se oculta dejando a la ciudad en penumbras. La gente mira al cielo, atemorizada.

MUJER 1: ¡El viento! La plaga tiene horror al viento. ¡El viento nos salvará! ¡Ya lo veréis!

Pero el viento cesa de forma repentina. De nuevo, dos golpes secos resuenan ensordecedores. La MUJER 1 y el VIEJO TRANSEÚNTE se desploman. Todos hacen una genuflexión y comienzan a apartarse de los cuerpos. VICTORIA observa aterrorizada las marcas en las ingles y en las axilas de los enfermos, que se retuercen hasta morir (o se arrastran y desaparecen). VICTORIA huye, espantada.

VICTORIA: ¡Diego! ¡Diego!

La noche empieza a tornarse gris y desciende lentamente sobre la muchedumbre. Los vestidos se transforman en harapos de abandono. Algunos empiezan a levantar un muro ante el mar para defenderse y otros retiran a los muertos. Oscuridad.

Se encienden las luces interiores de la iglesia, del palacio y de la casa del juez. Las escenas se desarrollan de forma alternante en los tres espacios, que van adoptando un aspecto medieval por la labor de los obreros.

EN EL PALACIO, los actores aparecen ataviados como personajes del medievo:

EL ALCALDE: *(Al gobernador)*. Excelencia, la epidemia se extiende con rapidez por los barrios de extramuros. Mi opinión es que deberíamos ocultar la situación y no decir la verdad al pueblo bajo ningún concepto. Por fortuna, de momento la

enfermedad se ensaña solo con los pobres y no afecta a ninguno de los miembros de la corte.

Murmullos de aprobación.

EN LA IGLESIA, también remodelándose con aires románicos:

EL CURA: *(Ataviado como obispo arcaico)*. Que todos confiesen en público lo peor que hayan cometido. ¡Vomitad toda vuestra escoria, malditos! Decíos los unos a los otros el mal que habéis hecho y el que habéis tramado, o de otro modo el veneno del pecado os ahogará y os conducirá al infierno arrastrados por el pulpo de la peste. Yo, por mi parte, me acuso de haber faltado con frecuencia a la caridad.

La MUJER 2 Y VICTORIA se arrodillan para confesarse ante el cura.

EN EL PALACIO, nuevamente:

EL GOBERNADOR: *(Como un noble antiguo)*. Mientas a nosotros no nos afecte, no tenemos de qué preocuparnos. Lo fastidioso es que yo hoy tenía previsto salir de caza.

EL ALCALDE: Tomando las debidas precauciones, no entiendo por qué razón debe faltar usted a su caza. Además, es bueno que el gobernador dé ejemplo de normalidad y se muestre a su pueblo como si no pasase nada.

EN LA IGLESIA:

EL CURA Y LA MUJER 2: ¡Perdónanos, Dios mío! ¡Por lo que hemos y no hemos hecho!

EN LA CASA DEL JUEZ:

El JUEZ lee salmos junto a su MUJER, vestidos con austeros atuendos medievales.

EL JUEZ: «El Señor es mi refugio y mi fortaleza. Pues es Él quien me preserva de las trampas y las pestes asesinas»

LA MUJER DEL JUEZ: *(Inquieta)*. ¿Pero por qué no podemos salir?

EL JUEZ: La plaga nos afectará si salimos. Lo he previsto todo. Si permanecemos encerrados durante el tiempo de la peste, con la ayuda de Dios no sufriremos nada.

LA MUJER DEL JUEZ: Pero tu hija Victoria está fuera. ¿Y si se contagia?

EL JUEZ: Deja a los otros y piensa en tu casa. Trae todas las provisiones que puedas y reza. Reza porque has pecado mucho y hay justicias que mi jurisdicción no alcanzan. *(Volviendo a su lectura)* «El Señor es mi refugio y mi fortaleza...»

EN LA IGLESIA, enlazado con lo anterior:

EL CURA: «El Señor es mi refugio y mi fortaleza. Pues es Él quien me preserva de las trampas y de las pestes asesinas.

Con su ayuda no tendré que temer,
ni a los terrores de la noche,
ni a la peste que camina por las sombras.»

MUJER 2: ¡Qué grande y terrible es el Señor!

La luz de las hogueras donde queman a los muertos ilumina la plaza, que ya parecerá ambientada como una villa de la Edad Media. En ella, DIEGO, ayudado por El PESCADOR, atiende a algún enfermo, que grita de dolores.

VICTORIA y la MUJER 2 salen de la iglesia, vestidas al estilo de la nueva época.

VICTORIA: ¿Dónde estará Diego?

MUJER 2: Míralo allí, ayudando a curar a los enfermos.

VICTORIA corre hacia DIEGO, que lleva cubierta la boca con un pañuelo o careta algo siniestra.

VICTORIA: *(Gritando)*. Pero, ¿qué haces? ¡Quítate eso de la cara y pongámonos a salvo!

Él no se mueve.

VICTORIA: ¿Se puede saber qué te pasa? Hace horas que te busco, corriendo por la ciudad, espantada ante la idea de que el mal pudiera haberte alcanzado. Y ahora te encuentro con esa máscara de tormento. ¡Quítatela, te lo ruego! ¡Necesito que me abracés! ¡Necesito que volvamos a besarnos!

Él hace amago de quitarse la mascarilla, pero no lo hace.

VICTORIA: *(Más bajo)*. No te entiendo. ¿Qué ha pasado entre nosotros?

DIEGO: La muerte nos está rozando, Victoria. ¡Mira a esta gente! ¿No te dan pena? ¡Son de nuestro pueblo! ¡He crecido con ellos y tengo que ayudarlos!

VICTORIA: ¿Y no te da pena de nosotros?

Avanza hacia él.

DIEGO: No me toques, apártate.

VICTORIA: ¿Por qué?

DIEGO: (*Demacrado*). Porque no me reconozco. Sabes que jamás nada ni nadie me ha inspirado miedo, pero esto me sobrepasa. ¿Has visto sus caras? ¿Has visto cómo sufren? (*Ella se acerca, con cara de asco*) ¡Que no me toques! Quizá ya esté el mal en mí y no quisiera contagiarte. (*VICTORIA reniega, espantada*) También a mí me horroriza mirarles, pero tengo que ayudarles. ¿No lo entiendes? (*VICTORIA sigue negando, impotente. Gritos y gemidos.*) Me llaman. Tengo que dejarte. Vete a casa y no salgas bajo ningún concepto. Todo volverá a ser como antes cuando la epidemia acabe.

VICTORIA: Por favor. ¡No me dejes!

DIEGO: No te preocupes. Sabes que soy fuerte y, aunque la muerte me cause horror, ¡no va a pasarme nada! ¡Márchate! Yo puedo soportarlo todo, excepto perderte. ¡Vete y cuídate! ¡De prisa! ¡Pero no olvides que te quiero!

DIEGO vuelve con los enfermos y VICTORIA se marcha sin más remedio. Siguen los gemidos. Se ilumina el palacio. El ALCALDE se asoma al balcón y se dirige al pueblo, pero cubriéndose la boca con un pañuelo.

EL ALCALDE: ¡Atención! ¡Nueva orden del gobernador! A partir de este momento, como señal de penitencia por la desgracia común y con el fin de evitar los riesgos del contagio, se prohíben las diversiones y las reuniones públicas...

MUJER 2: (*Indignada, aullando en medio del pueblo*). ¿Y cómo quieren que enterremos a los muertos?

Desorden. Los hombres que recogen cadáveres tratan de callarla.

EL ALCALDE: Y para tranquilidad de los ciudadanos, el gobernador les hace saber que la epidemia que se ha abatido sobre nuestra ciudad, está absolutamente controlada. Según la opinión de todos los médicos, en cuanto comience a soplar de nuevo el viento, la peste desaparecerá para siempre y todo volverá a estar como estaba.

El pueblo se dispersa, escéptico, llevándose a los cadáveres. Vuelven a sonar dos enormes golpes secos mientras que las campanas al vuelo tocan a muerto y los rezos resuenan en la iglesia. Luego solamente reina un silencio de terror, en medio del cual entran dos personajes extraños, a los que todos siguen con la mirada. El HOMBRE (LA PESTE) es corpulento. Con la cabeza descubierta. Lleva una especie de uniforme con una condecoración. LA MUJER (LA SECRETARIA) viste también un uniforme, pero con cuello y puños blancos. Lleva un bloc de notas en la mano. Avanzan ambos hasta el palacio. Por donde caminan les rodean las sombras de cientos de ratas. El GOBERNADOR y el ALCALDE, extrañados, salen a darle encuentro.

EL GOBERNADOR: ¿Qué quieren de mí, forasteros?

LA PESTE: *(Con tono cortés)*. Su puesto.

EL GOBERNADOR: *(Atónito, tomándose a broma)*. Me temo que ha elegido usted un mal momento. Si trata de burlarse le advierto que su insolencia puede costarle cara.

LA PESTE: *(Muy tranquilo)*. ¡Qué impresionante! ¿Qué piensa usted, querida amiga? ¿Debería decirles quien soy?

LA SECRETARIA: ¿Por qué no? Después de todo, estamos de visita y debemos plegarnos a sus costumbres.

LA PESTE: Por supuesto. Pero ¿no introducirá esto cierto desorden?

EL GOBERNADOR: (*Impaciente, amenazante*). ¡Ya basta! Dígame de una vez su identidad y qué le trae a la ciudad que yo gobierno.

LA PESTE: (*Siempre natural*). Yo soy la peste. ¿Y usted?

El séquito y el pueblo retroceden, estremecidos.

EL GOBERNADOR: ¿La peste?

LA PESTE: Sí, y necesito su puesto. Si le diera dos horas, por ejemplo, ¿le bastaría para transmitirme los poderes?

EL GOBERNADOR: Esta vez ha ido demasiado lejos. ¡Guardias!

LA PESTE: ¡Espere! No quiero forzar a nadie, pues tengo por principio ser correcto. Entiendo que mi conducta le sorprenda ya que, en efecto, usted aún no me conoce. Lo único que le pido es que me ceda su puesto sin obligarme a mostrar mi verdadera naturaleza. ¿No le basta con mi palabra?

EL GOBERNADOR: ¡He dicho que basta ya de burlas! ¡Detengan a este hombre!

Los GUARDIAS DEL SÉQUITO 1 Y 2 avanzan, obedientes.

LA PESTE: ¡En fin! Ya que no me deja otro remedio... (*A la mujer*). Amiga mía, ¿tendría usted la amabilidad de proceder a una exclusión para dar ejemplo?

El hombre señala hacia uno de los guardias. LA SECRETARIA tacha algo ostensiblemente en su bloc de notas. El golpe seco resuena. El guardia cae. LA SECRETARIA lo examina. Todos observan, atónitos.

LA SECRETARIA: Todo está en orden, Excelencia. Las tres marcas ya pueden verse perfectamente en su cuerpo. *(Mostrándolas a los otros, amablemente)*. ¿Las ven? Con una marca, aún podrían albergarse esperanzas. Con dos, la contaminación es irreversible. Y con tres, se decreta la exclusión. No hay nada más sencillo.

LA PESTE: Perdón. Olvidaba presentarles a mi secretaria. Aunque veo, por su expresión, que acaban de reconocerla, ¿no?

LA SECRETARIA: Al final, siempre acaban reconociéndome.

LA PESTE: Una naturaleza feliz, ya lo ven. No conozco a nadie más eficaz ni que cumpla su trabajo con semejante alegría.

LA SECRETARIA: *(Falsamente modesta)*. En realidad no tiene ningún mérito. Mi trabajo es más fácil en medio de las flores frescas y de las sonrisas.

LA PESTE: Un excelente principio. Pero volvamos a lo nuestro, caballeros. *(Al gobernador)* ¿Le he dado una prueba suficiente de mi seriedad o necesitan que obre alguna otra maravilla? ¿No dicen nada? Bueno, les he asustado, es natural. Pero contra mi voluntad, créanme. Hubiera preferido un acuerdo amigable, un pacto basado en la confianza recíproca, en el honor, garantizado sólo por su palabra y por la mía. De hecho, aún no es demasiado tarde para recapacitar y hacer bien las cosas. ¿El plazo de dos horas le parece suficiente?

El GOBERNADOR mueve la cabeza en señal de negación.

LA PESTE: Verá, si le pido su consentimiento es porque detesto obligar a nadie a hacer nada en contra su voluntad. Pero, si es preciso, mi secretaria procederá a efectuar todas las exclusiones que sean necesarias para conseguir de usted una

libre aprobación a la pequeña reforma que le propongo. ¿Está lista, querida amiga?

LA SECRETARIA: La punta de mi lápiz siempre está afilada.

LA PESTE: (*Suspirando*). ¡Ah! ¡Qué sería de mí sin su optimismo! Empecemos entonces... ¿Qué tal con ese?

LA PESTE *designa a NADA que ha descendido de su faro. Al sentirse señalado, NADA prorrumpe en una carcajada de borracho.*

LA SECRETARIA: ¿Puedo sugerirle que elija a otro? Se lo digo porque ese es de los que no creen en nada y es posible que aún pueda sernos útil.

LA PESTE: En ese caso, tomemos a alguien de la corte. ¿Qué tal el alcalde?

Pánico entre el séquito, que atiende al guardia moribundo.

EL GOBERNADOR: ¡Deténgase!

LA SECRETARIA: ¡Buena señal, Excelencia!

LA PESTE: (*Solícito*). ¿Qué puedo hacer por usted, gobernador?

EL GOBERNADOR: Si le cedo el puesto, ¿podemos salvar la vida yo, los míos y los miembros de la nobleza?

LA PESTE: ¡Pues claro! ¡Esa es la costumbre y lo que antes trataba de decirle!

El GOBERNADOR consulta con su séquito y luego se vuelve hacia el pueblo.

EL GOBERNADOR: ¡Pueblo de Cádiz! Como veis, todo ha cambiado de manera inesperada y no me queda otro remedio que

sacrificar mi cargo para entregárselo a la nueva potestad que acaba de manifestarse. El acuerdo a que llegemos evitará sin duda una gran tragedia y garantizará la supervivencia del gobierno. ¡Sabed que no nos marchamos para salvar nuestras vidas o nuestras fortunas, si no para ayudaros a salvar las vuestras! Pronto regresaremos para restaurar el orden. ¡Os lo juro!

El éxodo del séquito comienza. El PESCADOR se asoma a verles mientras el alcalde se demora tratando de recoger sus símbolos de riqueza.

EL PESCADOR: *(Asomado al muelle)*. ¡El gobernador se va! ¡El muy cobarde nos abandona!

NADA: Tiene derecho. El Estado es él y hay que proteger al Estado.

EL PESCADOR: Entonces, si el Estado era él y ahora ya no es nada. La Peste ahora es el Estado, ¿no?

NADA: ¿Qué más os da? Peste o gobernador, el Estado siempre es el Estado.

LA PESTE: *(Al alcalde, justo cuando huía)*. Por favor, no se vaya tan de prisa. Necesito un hombre que tenga la confianza del pueblo y me sirva de intermediario para dar a conocer mis deseos. *(El ALCALDE duda)*. Supongo que puedo contar con su desinteresada ayuda, ¿verdad, señor alcalde?... *(A LA SECRETARIA, ante su duda)* Querida amiga...

EL ALCALDE: *(Sin remedio)*. ¡Por supuesto! ¡Será un honor acompañarle!

LA PESTE: Perfecto. Entonces, mi fiel secretaria, comuníqueme al alcalde los decretos que hay que dar a conocer a estas buenas gentes para que empiecen a vivir dentro del nuevo orden que comienza...

LA SECRETARIA: *(Al pueblo)*. ¡Atención! Relación de ordenanzas concebidas por el alcalde y sus consejeros para su obligado e inmediato cumplimiento...

EL ALCALDE: Pero si no he “concebido” nada todavía...

LA SECRETARIA: Es un trabajo que se le ahorra. Debería estarnos agradecidos porque seamos nosotros quienes nos tomemos la molestia de redactar el reglamento sobre el que luego solo tendrá que poner su firma. Es lo que siempre hace, ¿no?

EL ALCALDE: Sin duda, pero...

LA SECRETARIA: *(Prosigue declamando)*. Nueva ordenanza promulgada en obediencia a nuestro nuevo y bienamado soberano, para la reglamentación y asistencia caritativa de los ciudadanos víctimas de la infección y para la designación de todas las reglas y todas las personas que, a partir de ahora, ejercerán de vigilantes, guardianes, ejecutores y sepultureros.

EL ALCALDE: Me temo que no entiendo mucho ese lenguaje...

LA SECRETARIA: No hace falta que lo entienda. Basta con que lo promulgue, lo firme y con que el pueblo le obedezca. Dicho esto, aquí están las ordenanzas: He aquí a nuestro mensajero. Su rostro amable ayudará a que nadie olvide fácilmente sus palabras.

EL MENSAJERO se presenta. Es uno de los ángeles caídos. Su rostro está horriblemente calcinado tras caer del firmamento. Antes de hablar siempre hará sonar, como un grito de espanto, su báculo contra el suelo y, mientras interviene, otro coro de ÁNGELES NEGROS va levantado con los bloques un enorme muro que sella las salidas de la ciudad o irá cercándolas con afilados alambres de espinos hasta convertir la plaza en una especie de campo de exterminio. El pueblo, aterrado, se arremolina para escucharle.

EL MENSAJERO: Todas las casas infectadas deberán ser marcadas en medio de la puerta con una estrella negra. La estrella deberá permanecer hasta la reapertura de la casa, so pena de sufrir los rigores de la ley.

DIEGO: ¿Qué ley?

EL MENSAJERO: La nueva, por supuesto.

DIEGO: ¿No decían nuestros señores que nos protegerían? ¡Nos han dejado solos! ¿No veis la bruma espantosa extenderse por las calles ahogando los aires del verano? ¡Ay, Cádiz marinera! El mar desaparece tras las ventanas y el viento no sopla ya por ninguna de las puertas. Sin viento nada podrá purificarnos de esta plaga. ¿Qué pérfida magia es esta? Nuestros amos decían que no ocurriría nada, que nada pasaría, pero ahora veo que era el miserable farero quien tenía razón.

EL MENSAJERO: Todos los víveres de primera necesidad estarán en adelante en manos del Concejo y serán distribuidos en partes igualmente mínimas a todos los que puedan probar su leal pertenencia a la sociedad.

Los ángeles cierran la primera puerta. Murmullos de miedo. Alarmas de “toque de queda”

EL MENSAJERO: Todos los fuegos deberán apagarse a las nueve de la noche y ningún particular podrá circular por las calles sin un salvoconducto. Todo aquel que contravenga el toque de queda será castigado con rigor por la ley nueva.

VOCES DEL PUEBLO: (*In crescendo*). ¡Están cerrando las Puertas de Tierra!

¡Todos hacia el Mar!

¡Al mar, gaditanos! ¡Al mar libre cuya brisa nos libera!

Tratan de huir, pero pocos consiguen escapar ante el vertiginoso levantamiento de las murallas que alzan los ángeles negros.

EL MENSAJERO: Queda terminantemente prohibido asistir a los enfermos. Las autoridades se harán cargo de las personas afectadas y procederán a sus enterramientos. Se gratificará con una *ración cívica* de alimentos a aquellos que delaten a las personas infectadas.

Se cierra la segunda puerta.

DIEGO: (*Dirigiendo la huida*). ¡Al mar! ¡De prisa! El mar nos salvará. ¿Qué son para él las enfermedades y las guerras? ¡El mar sobrevive a todos los gobiernos!

LA SECRETARIA observa con interés al marinero, que se da de bruces contra los bloques o los alambres afilados que cierran el paso de los que huyen.

DIEGO: (*Casi rendido*). ¿Pero qué os pasa? ¡Corred hacia el mar, os digo! (*Al pueblo, desolado*). ¡Al mar! ¡Al mar antes de que se cierren las puertas!

Uno de los ángeles le golpea. La tercera puerta se cierra. Los ángeles acorralan a los pocos que tratan de huir. El pueblo se estremece, atemorizado. Algunos caen, heridos de muerte, a una indicación de LA PESTE y después de que LA SECRETARIA tache sus nombres en su libreta.

DIEGO: La epidemia va más deprisa que nosotros y ya sólo queda una puerta abierta. ¡Corred hacia el mar! ¡De prisa!

El CURA, también cargado con sus riquezas, pasa corriendo entre la muchedumbre, que le sigue.

MUJER 2: ¡Padre, no nos abandone!

El sacerdote la esquiva. Los pobres le zarandean.

MUJER 2: ¡No huya usted también! Sin su intersección perderemos a Dios y sin él, lo perderemos todo. ¡Padre!

El sacerdote consigue escapar. La MUJER 2 cae al suelo, desolada.

MUJER 2: ¡Cristianos de España! ¡También Dios nos abandona!

LA PESTE y su SECRETARIA, delante del alcalde, sonríen y aprueban complacidos, resguardándose en el palacio. NADA se atalaya en su faro.

EL MENSAJERO: Y, por último, a fin de evitar todo contagio por la difusión del aire e impedir que las palabras puedan ser vehículo de infección, se ordena a todos los habitantes que tengan constantemente sobre la boca una mordaza empapada en vinagre, que les preservará del mal al mismo tiempo que les inducirá a guardar silencio.

El mensajero despliega sus alas y desaparece. A partir de este momento, todos se colocan una mordaza en la boca y los gritos de espanto irán ahogándose hasta acabar en un atroz silencio. La última puerta da un fuerte portazo. DIEGO, el

pescador y los supervivientes del pueblo se dan cuenta de que han quedado encerrados y en silencio.

DIEGO Y VOCES DEL PUEBLO: *(Desolados)*. ¡Qué desgracia! Se cerró la última puerta y ya solo quedamos nosotros y la Peste. Ni el mar se oye ya siquiera, ¿no os dais cuenta? Ahora estamos en el dolor, condenados a dar vueltas por una ciudad que antes era abierta isla y ahora se ha transformado en una prisión estrecha: sin árboles, sin agua, sin barcos, sin aire que se cuele por las alambradas de esta horrible fortaleza coronada de muchedumbres aulladoras. ¡Qué terrible desgracia! Cádiz se ha convertido en una inmensa tumba donde acabaremos yaciendo todos. ¡No nos merecemos esta angustia, hermanos! ¡No nos merecemos semejante condena! Puede que nuestros corazones no fueran inocentes, pero amábamos el mundo y sus veranos. Ahora los vientos se han parado y en el cielo ya no brillan las estrellas. ¿Cómo sobreviviremos a esta trampa? Nos han dejado solos. *(Al vacío, todos gritan)* ¡Eh! ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡No permitáis que muramos en silencio! ¡Misericordia, Dios! ¡Misericordia!

DIEGO grita hasta caer rendido y con las manos ensangrentadas por tratar de romper las alambradas y los muros. Gemidos y silencio. Un último cometa atraviesa lo poco que se ve del cielo. En el palacio reaparecen LA PESTE y su SECRETARIA. Esta avanza tachando un nombre a cada paso, mientras que, a cada uno de sus trazos, van cayendo muertos algunos miembros del pueblo. NADA sonrío irónicamente desde su faro, apagándolo. DIEGO y los otros ayudan a cargar los muertos.

LA PESTE se sube a la parte más alta del muro y hace una señal. Todo se detiene, movimientos y ruidos.

LA PESTE: Yo reino, es un hecho; por tanto, es un derecho. Pero es un derecho que no se discute: debéis adaptaros. Además, no os engaños, si reino ha de ser a mi manera. Vosotros, los gaditanos y los españoles en general, sois un poco noveleros, y sé que os gustaría verme con el aspecto de un rey negro o de un espantoso demonio. Todos saben cómo necesitáis de lo patético. Pues lo siento, pero yo soy así y no estoy aquí para complaceros. No traigo cetro ni corona ostentosa. Es el modo que tengo de vejaros, pues es bueno que seáis vejados: tenéis que aprenderlo todos. Por ello, una de mis primeras medidas como rey será prohibir el patetismo y, con él, otras pamplinas como la ridícula angustia de la felicidad, el rostro estúpido de los enamorados, la contemplación egoísta de los paisajes y la ironía de la culpa. En lugar de todo esto, yo os traigo organización. Esto puede que os moleste un poco al principio, pero luego acabaréis comprendiendo que una buena organización vale más que un mal patetismo. Y para ilustrar este hermoso pensamiento, comienzo por separar a los hombres de las mujeres: ésta será la ley.

Los GUARDIAS/ÁNGELES lo ejecutan

A partir de hoy aprenderéis a morir en orden. ¡Nada de morir *a la española*: un poco al azar o al buen tuntún, por decirlo de algún modo! Hasta ahora moríais por frío o por calor, porque vuestras mulas tropezaban, porque envejecíais, porque en la primavera el mar es atractivo para el solitario melancólico o por defender alguna ideología o alguna absurda cuestión de honor, cuando todo el mundo sabe que es mucho más distinguido matar por los placeres de la lógica. Sí, moríais mal. Sin sentido. Un muerto por aquí, un muerto por allá: éste en su cama, aquél en la arena: ¡moríais con libertinaje! Pero finalmente este desorden va a ser administrado. A partir de ahora habrá una sola muerte para

todos y según el precioso orden de una lista. Tendréis vuestro turno: nada de morir por capricho. Aquí, en este mismo palacio, estableceré la sede de vuestro destino y en sus pabellones organizaré sus oficinas para que podáis morir bien, siguiendo un riguroso patrón estadístico. Así que, a partir de hoy, seréis, pues, razonables, y todos seréis marcados con mi insignia entre las ingles y estaréis obligados a llevar públicamente bajo los sobacos la estrella del bubón, que es la señal, el escudo y el azote de mi reino. Eso os hará a todos sospechosos y os garantizará a todos una muerte igualitaria. Por lo demás, nada de esto impide el sentimentalismo. Me gustan los pájaros, las primeras violetas, la boca fresca de las muchachas... También yo soy un idealista y poseo un corazón capaz de conmoverse ante la belleza de un ocaso... Pero siento que me enternezco y no quiero ir demasiado lejos justo cuando da comienzo mi nuevo ministerio. Resumamos, pues: Os traigo el silencio, el orden y la absoluta justicia. No os pido que me lo agradezcáis, pero exijo vuestra colaboración activa. ¡Queda proclamado el estado de sitio!

TELON Y FIN DEL PRIMER ACTO.

Segunda Parte, el Cádiz utópico

La ciudad ya ha adquirido la imagen del Cádiz de principios del siglo XIX y, a lo lejos, podrán reconocerse algunas de las construcciones (o sus sincretismos) de aquella época convulsa, revolucionaria, anhelante de libertades aún utópicas y de invasiones alternantes de las tropas inglesas o francesas. En la plaza, ahora de ambientación dieciochesca, cerca del faro, está el arco que da entrada al Cementerio. La casa del juez también ha cambiado y se ha adaptado al estilo de la nueva época. Anexa al palacio, los ÁNGELES NEGROS/GUARDIAS construyen la torre de LA PESTE.

Al levantarse el telón, un ENTERRADOR con atuendo de presidiario, retira y carga a los muertos sobre su carreta, que chirría e irá entrando y saliendo constantemente de la plaza al cementerio. Música marcial. LA SECRETARIA supervisa a un par de FUNCIONARIOS que, sentados a unas mesas, distribuyen entre el pueblo las cartillas de racionamiento. Detrás de una de ellas, está el ALCALDE vestido, como los demás, al estilo goyesco. Los hombres y mujeres, por separado, hacen cola ante las mesas, controlados por los GUARDIAS (mezcla de ángeles negros y soldados napoleónicos). Todos llevan puestas sus mordazas.

Desde lo alto de su palacio/torre, LA PESTE dirige el funcionamiento de su estado.

LA PESTE: Venga, ¡de prisa! Las cosas van muy lentamente en esta ciudad. Con razón os tenéis bien ganada vuestra ancestral fama de holgazanes. ¡Brío! ¡Terminad mi torre! ¡Guardias! Colocad nuestras estrellas sobre las casas de los que han sido elegidos para las siguientes exclusiones. Y, usted, querida

amiga, proceda a organizar la lista y establezca nuestros certificados de existencia.

LA PESTE sale. Al PESCADOR le llega el turno y se planta humilde ante su mesa.

EL PESCADOR: Perdona, pero ¿para qué necesito un certificado de existencia?

LA SECRETARIA: ¿Cómo que “para qué”? ¡Nadie puede vivir sin su certificado de existencia!

EL PESCADOR: Pues hasta ahora habíamos vivido bien sin eso.

LA SECRETARIA: Porque no estabais gobernados, y ahora sí. El gran principio de nuestro gobierno es justamente que siempre tiene una necesidad de un certificado. Se puede pasar sin pan o sin amor, pero de lo que uno jamás podrá privarse será de tener toda su certificación en regla.

EL PESCADOR: Mi familia y yo llevamos generaciones echando redes al agua y siempre hemos cumplido bien nuestro trabajo sin necesidad de ningún papel escrito.

LA SECRETARIA: ¡Porque estabais en la anarquía! Pero con nuestra contabilidad todo funcionará por fin perfectamente. Señor alcalde, ¿tiene usted los formularios?

EL ALCALDE: Aquí están.

LA SECRETARIA: Guardias, ¿quieren ayudar al señor a avanzar?

Hacen avanzar al pescador.

EL ALCALDE: *(Leyendo)*. Apellidos, nombre y profesión.

LA SECRETARIA: Para morir eso es innecesario. Que rellene solamente los espacios en blanco.

EL ALCALDE: Currículum vitae.

EL PESCADOR: Perdone, pero no entiendo lo que dice.

LA SECRETARIA: Aquí debe usted indicar los acontecimientos importantes de su vida.

EL PESCADOR: ¡Mi vida es privada!

LA SECRETARIA: Esas palabras no tienen sentido para nosotros. La única vida que está aquí autorizada es pública. Señor alcalde, pase a los detalles.

EL ALCALDE: ¿Casado?

EL PESCADOR, asiente.

EL ALCALDE: ¿Motivos de la unión?

EL PESCADOR: ¿Cómo que “motivos”? Me casé porque es lo que uno hace cuando ama, ¿no?

EL ALCALDE: ¿Divorciado?

EL PESCADOR: Viudo por culpa de la plaga.

EL ALCALDE: ¿Vuelto a casar?

EL PESCADOR: No.

LA SECRETARIA: ¿Por qué?

EL PESCADOR: (*Casi llorando*). Porque quería a mi mujer.

LA SECRETARIA: ¡Qué curioso! ¿Pero por qué?

EL PESCADOR: (*Espantado*). No sé. ¿Desde cuándo los amores tienen que explicarse?

LA SECRETARIA: En una sociedad bien organizada es estrictamente necesario definirlo todo.

EL ALCALDE: ¿Antecedentes?

EL PESCADOR: ¿Qué es eso?

LA SECRETARIA: Es imprescindible saber si ha sido usted condenado por saqueo, perjurio, violación o por soñar determinadas libertades...

EL PESCADOR: ¡Nunca! ¡Y menos por un sueño!

LA SECRETARIA: ¿Un hombre honrado? No me fío. Señor alcalde, añade en el apartado de observaciones que a este sujeto es preciso vigilarlo.

EL ALCALDE: ¿Sentimientos cívicos?

EL PESCADOR: Yo siempre me he portado bien con mis vecinos y nunca he dejado marchar a un pobre sin un buen pescado.

LA SECRETARIA: Esta manera de contestar no está autorizada. Escriba que el individuo en cuestión presenta sentimientos cívicos altamente sospechosos y proceda a la última pregunta.

EL ALCALDE: (*Descifrando con dificultad*). ¿Razones de ser?

EL PESCADOR: ¡Por mi madre si entiendo nada de esta jerga! ¿Qué razones quieren que les diga?

LA SECRETARIA: ¿Lo ve, señor alcalde? El abajo firmante reconoce que su existencia es injustificable y, aún así, se atreve a preguntar para qué necesita un certificado que la justifique. ¡Esta gente es incorregible! Anote que a este individuo se le haga entrega del certificado de existencia pero con carácter provisional y una caducidad de tres meses.

EL PESCADOR: (*Impaciente*). Provisional o no, dónmelo ya, por favor, que mis hijos me esperan en casa.

LA SECRETARIA: ¡Naturalmente! Pero antes tendrá que presentar un certificado de salud, que le será expedido tras algunas formalidades en la primera planta, en la oficina de asuntos en trámite.

El PESCADOR sale con cara de desesperado. La carreta de los muertos sigue atravesando la puerta del cementerio y descargando cadáveres. NADA sale de entre los muertos, gritando y borracho.

NADA: ¡Quietos! ¡Que estoy vivo! ¿Es que ya no puede dormir uno la borrachera en ningún sitio?

El ENTERRADOR quiere meterlo de nuevo en la carreta, pero NADA se escapa y se topa con las mesas de los funcionarios.

NADA: ¡Pero bueno! ¡Si estuviera muerto se me notaría!, ¿no? ¡Oh, perdón!

LA SECRETARIA: ¡No pasa nada! Acérquese.

NADA: Lo siento. He bebido más de la cuenta y han debido meterme en la carreta. ¡Son tantas las ansias que tienen de suprimir!

LA SECRETARIA: ¿De suprimir el qué?

NADA: Todo. Cuanto más se suprime, mejor van las cosas. Y, por mí, si se suprimiese todo, esto sería el paraíso. Por ejemplo: ¡Los enamorados me horrorizan! Bueno, ¿y qué me dice de los niños? ¡Me dan náuseas! Son igual que las flores, moviéndose estúpidamente por la brisa, o, como los ríos, incapaces de cambiar de idea. ¡Ah! ¡Suprimámoslo todo! ¡Esa es mi filosofía! Dios niega el mundo y yo niego a Dios. ¡Viva Nada, que es la única cosa que existe!

LA SECRETARIA: ¡Qué curioso! Con razón me pareciste interesante el otro día. ¿Cómo te llamas?

NADA: Nada, precisamente.

LA SECRETARIA: ¿Te burlas?

NADA: Nada es mi nombre. ¡Se lo juro! Soy un parásito que vive de los hombres.

LA SECRETARIA: ¡Eso está bien! ¡Con semejante nombre y naturaleza tenemos muchas cosas que hacer juntos! Pasa a este lado. Serás funcionario de nuestro reino.

Vuelve el PESCADOR. DIEGO y VICTORIA llegan a su turno, en la cola.

LA SECRETARIA: Señor alcalde, ponga al corriente a nuestro amigo Nada de su nueva tarea. *(Avanza hacia Diego)*. Buenos días. ¿Y usted? ¿Quiere comprar una insignia?

DIEGO: ¿Qué insignia?

LA SECRETARIA: La insignia de la peste, naturalmente. *(Después de una breve pausa)*. También puede rechazarla, puesto que no es obligatoria.

DIEGO: Pues la rechazo.

LA SECRETARIA: Muy bien. *(Yendo hacia VICTORIA)*. ¿Y usted?

VICTORIA: Yo también la rechazo.

LA SECRETARIA: Perfecto. Permítanme entonces que les indique que, todos aquellos que se niegan a llevar esta insignia, tiene la obligación de llevar otra.

DIEGO: ¿Cuál?

LA SECRETARIA: Pues la insignia de los que se niegan a llevarla. Es la única manera de reconocerse que tienen a partir de ahora.

DIEGO y VICTORIA se apartan, esquivos y cabizbajos.

LA SECRETARIA: ¡Siguiente!

EL PESCADOR: Perdóneme que vuelva, pero es que...

LA SECRETARIA: ¿Qué ocurre ahora?

EL PESCADOR: *(Con indignación creciente)*. Pues que vengo de la primera planta y me han dicho que no me pueden dar el certificado de salud si no me dan aquí antes el certificado de existencia.

LA SECRETARIA: ¡Pues claro! Eso prueba que la ciudad por fin comienza a ser correctamente administrada.

EL PESCADOR: Entonces, ¿qué hago?

LA SECRETARIA: Volver a empezar de nuevo. Nuestra convicción es que ustedes son culpables. Culpables de ser gobernados. Y no se sentirán culpables mientras que no se sientan cansados. Les estamos cansando, simplemente.

EL PESCADOR: ¿Me puede dar o no me puede dar ese maldito certificado de existencia?

LA SECRETARIA: En principio, no, puesto que necesita primero el de salud para tener el certificado de existencia.

EL PESCADOR: ¿Entonces?

LA SECRETARIA: Entonces, haciendo una excepción, le daremos un resguardo de su solicitud de certificado cuya validez no podrá exceder de una semana. Y ya veremos qué hacemos cuando expire el plazo.

EL PESCADOR: ¿Qué es lo que veremos?

LA SECRETARIA: Si procede o no procede renovárselo.

EL PESCADOR: ¿Y si no se renueva?

LA SECRETARIA: En ese caso, como no podrá certificar su existencia, procederemos a su exclusión correspondiente.

El Pescador se marcha, desolado. LA PESTE reaparece. Todos le hacen una reverencia.

LA PESTE: ¡Así me gusta! ¡Que la burocracia exasperante lo engulla todo! ¡Que comiencen los grandes trabajos inútiles! Usted, mi querida amiga, agilice las condenas, designe culpables y aumente el número de funcionarios. Necesitamos que el estado funcione sin el más mínimo resquicio. ¿Qué tal lleva el censo?

LA SECRETARIA: Como ve, se está cursando de manera pacífica. Parece ser que estas buenas gentes ya van comprendiendo poco a poco que las cosas han cambiado.

LA PESTE: Se entenece fácilmente. Experimenta la necesidad de ser comprendida y eso, en nuestro oficio, es un defecto. *Estas buenas gentes*, como usted dice, ni han comprendido nada ni van a hacerlo nunca, pero eso no tiene importancia. Lo esencial no es que comprendan, sino que se ejecuten entre ellos. (*Ruido al fondo*). ¡Silencio! ¡No se queden inactivos!

Luz rápida sobre las mesas de la plaza, donde NADA, ataviado de funcionario de la época, está sentado junto a EL ALCALDE atendiendo a la fila de administrados.

HOMBRE 4: La vida ha subido. Los salarios no nos alcanzan.

NADA: Lo sabemos, pero acabamos de establecer reformas para solucionarlo todo.

HOMBRE 4: (*Feliz, ingenuo*). ¿Ah, sí? ¿Qué tipo de reformas?

NADA: (*Leyendo*). ¡Muy simple! La reforma número 1 establece la anulación de las ayudas, la número 2 congela los salarios, la reforma 3 estipula que trabajadores no tienen derecho a tener derechos y, por lo tanto, a carecer de cualquier tipo de contrato. ¿Se da cuenta del gran aumento que eso supone?

HOMBRE 4: (*Sin entender nada*). Pues, no sé... ¿Eso significa que van a aumentarnos el sueldo?

NADA: Lo único que nosotros vamos a aumentarles ahora son exclusivamente las reformas.

HOMBRE 4: ¿Pero qué quiere usted que haga con esas reformas?

NADA: (*Eficiente, déspota*). ¡Comérselas! ¡Y ándese con ojo no vaya a acabar sin empleo por quejarse! ¡El siguiente! (*Otro*

hombre se presenta). Tú quieres abrir un comercio, ¿no? ¡Gran idea! ¡Hay que apoyar a los emprendedores y a aquellos que agilizan la economía! Pues bien, empieza por rellenar este formulario. Pon tus dedos en esta tinta. Colócalos aquí. Perfecto.

HOMBRE 5: ¿Dónde puedo secarme?

NADA: ¿Dónde? (*Hojea una carpeta de documentos*). Pues en ninguna parte. No está previsto en el reglamento.

HOMBRE 5: Pero no puedo quedarme así.

NADA: Sí, porque te humilla, y eso siempre es bueno. Pero volvamos a tu comercio. Como necesitas una licencia de apertura. ¿Prefieres beneficiarte del artículo 208 del capítulo 62 de la dieciseisava circular, según el quinto reglamento, o bien del párrafo 27 del artículo 207 de la circular 15, según el reglamento particular?

HOMBRE 5: (*Harto, renegando*). ¡Esto es demasiado! Mire, yo se lo agradezco, pero...

NADA: No me agradezcas nada porque uno de esos artículos te da derecho a tener tu tienda, mientras que el otro te quita el de vender en ella cualquier cosa.

HOMBRE 2: ¿Se puede saber de qué va esto?

NADA: ¡De poner orden! ¡Os avisé de lo que se avenía!, ¿no? ¡Pues el siguiente!

LA MUJER 2 llega, alocada. El ALCALDE está anonadado observando el comportamiento de NADA.

NADA: ¿Qué hay, mujer?

MUJER 2: ¡Me han quitado mi casa! Mi marido ha muerto y con la miseria que gano ya no puedo pagar el préstamo que pedí para comprarla.

NADA: Lógico. De eso viven los prestamistas: de desahucios y de sueños rotos.

MUJER 2: ¡Pero mis hijos y yo estamos en la calle!

NADA: Todo está previsto en el nuevo estado del bienestar: Rellena esta solicitud implorando ayuda de la beneficencia y ellos te darán un sitio donde meterte.

MUJER 2: *(Tomando el formulario)*. Pero ¿irá de prisa?

NADA: Puede ir de prisa a condición de que presentes una justificación de urgencia.

MUJER 2: ¿Qué es eso?

NADA: Un documento que demuestre que es urgente para ti no seguir en la calle.

MUJER 2: Mis hijos no tienen techo, ¿qué puede ser más urgente?

NADA: No te van a dar un alojamiento porque tus hijos estén en la calle. Se te dará si presentas un certificado. No es lo mismo.

MUJER 2: *(Santiguándose)*. Dios se fue de esta tierra y es el mismo demonio el que habla por tu boca... ¿Tú estás oyendo lo que dices?

NADA: De eso se trata, mujer, de que nadie se comprenda aunque todo el mundo hable una misma lengua. ¡Para eso se hizo la justicia!

MUJER 2: *(Hablando al mismo tiempo que NADA)*. ¡La justicia es que los niños coman cuando tienen hambre y que no pasen frío! ¡La justicia es que mis hijos vivan! ¡Los parí para que poblaran una tierra de alegría! ¡Los bauticé con agua salada de la playa! ¡No estoy pidiendo riquezas! ¡Lo único que pido para ellos es el pan de cada día y el sueño de los pobres!

NADA: *(Hablando al mismo tiempo que la MUJER 2, hasta imponerse)*. ¡Lo justo es que prefiráis vivir de rodillas a morir de pie! ¡Lo justo es que os arrastréis como hormigas hambrientas en un paraíso puritano privado de praderas y de vida! ¿Qué importa nada de lo que me pidas? ¡Aprende educación y postérgate ante el

nuevo Dios condecorado! (*La mujer calla, estupefacta*) Ha llegado el día en que ya nadie volverá a entenderse más con nadie. Ha llegado el momento perfecto en que os acabaréis destruyendo los unos a los otros y todo se encaminará hacia el fin último: que es el silencio y la muerte. ¿No oyes cómo se acerca? ¡Viva Nada!

Ruidos lejanos de bombardeos que iluminan el cielo. NADA, el ALCALDE y el resto de los funcionarios siguen atendiendo en silencio, oscurecidos. La torre de LA PESTE ya está completamente construida y se erige, amenazante y defendida por cañones, junto a las murallas. DIEGO, ataviado también de época, entra, casi de incógnito, casi huyendo. Contempla con lástima los monumentos, al pueblo y a LA PESTE.

DIEGO: ¿Y esto es lo que queda de la España libre? ¿Dónde está Cádiz? Esta decoración no es de país alguno, ni de ninguna época concreta. Estamos en otro mundo, en el que todo se confunde, en el que el hombre no puede vivir si sabe qué le espera. ¿Por qué estáis mudos?

MUJER 2: ¡Porque tenemos miedo! ¡Porque ya no hay justicia para nuestros hijos! Porque ya no sopla el viento...

DIEGO: Yo también tengo miedo. Los franceses nos sitian por tierra, los ingleses por mar y el miedo a la epidemia nos sitia lo que más importa: ¡nuestras almas! Tiene que haber alguna manera de que por esta ciudad vuelva a correr el viento...

EL PESCADOR: ¡Éramos pueblo y nos hemos convertido en masa! ¡Antes nos invitaban, ahora se nos convoca! ¡Antes intercambiábamos el pan y la leche, ahora nos abastecen! ¿Quién es el valiente que se sale de la fila? Todos nos quejamos, pero ya nadie se indigna, nadie se rebela, nadie grita. ¿Para qué? ¡Pataleamos y nos pisamos los unos a los otros mientras decimos que nadie puede hacer nada por nadie! Y pataleamos porque

España ya no existe, porque entre nuestras ingles ya no habitan los deseos, sino los bubones de la peste. Pataleamos porque las orillas se han llenado de peces muertos mientras los pescadores nos ahogamos en esta ciudad varada. ¡Pataleamos porque ya no tenemos esperanza que nos permita coger aire!

En el cielo, ruidos de cañonazos. LA PESTE prorrumpe en carcajadas.

LA PESTE: ¿No entendéis que mientras yo reine jamás volverá a soplar el viento?

DIEGO: *(Gritando)*. ¿Pero por qué? ¡No hemos hecho nada! ¡Somos inocentes!

LA PESTE: No sé qué es la inocencia.

DIEGO: *(Retador)*. ¿No? ¡Entonces, acércate! ¡Vamos! ¡Yo haré que nunca se te olvide!

LA PESTE: *(Sonriendo)*. No hace falta. Mi poder es mucho más fuerte y solo necesito un gesto para atravesarte. ¿No lo ves?

Hace una señal a los GUARDIAS que avanzan hacia él. DIEGO huye hasta la casa del juez, los GUARDIAS le acorralan.

LA PESTE: ¡Marcadlo!

Uno de los guardias hiere con su lanza a DIEGO en la axila mientras otro dibuja en la puerta la señal de LA PESTE. DIEGO se arrastra por el muro de la casa hasta colarse en su interior por una de las ventanas.

LA PESTE: *(Satisfecho)*. Y ahora dejad que la semilla se extienda hasta que la peste sea un solo pueblo y todos se conviertan en los buenos ciudadanos que nos hacen falta...

Luz en casa del juez. Todo lo demás se oscurece momentáneamente. En el interior, el JUEZ y VICTORIA, preparados para el almuerzo, se espantan al ver entrar a DIEGO, malherido.

EL JUEZ: ¿Qué haces tú aquí?

DIEGO: El miedo me ha traído a tu casa, juez. ¡Huyo de la Peste!

EL JUEZ: ¡Mientes! No huyes de ella, la traes contigo. *(Le señala con el dedo la marca que ya lleva éste en la axila. Se oyen ruidos de alarma que proceden de afuera)* ¡Fuera de esta casa!

DIEGO: *(Desesperado)*. ¡Ayúdame, te lo suplico! ¡Sólo estoy herido! Si me echas entonces sí que me darán muerte.

EL JUEZ: Yo soy el servidor de la ley. Sabes que no puedo acogerte.

DIEGO: Tú servías a la antigua ley. ¡No a la nueva!

EL JUEZ: No sirvo a la ley por lo que ella dice, sino porque es la ley.

DIEGO: ¿Aunque la ley sea un crimen?

EL JUEZ: Si el crimen se convierte en ley, deja de ser crimen.

DIEGO: ¿Y aunque castigue también a la virtud?

EL JUEZ: Si tiene la arrogancia de discutir la ley, incluso la virtud merece ser castigada.

VICTORIA: *(Apareciendo)*. Usted no habla en nombre de ninguna ley, padre, sino en el nombre del miedo.

EL JUEZ: ¿Y por qué crees que huye este insensato y se atreve a traer la ruina a esta casa si no es por miedo?

VICTORIA: Pero él todavía no ha traicionado nada, ¡ni a nadie!

EL JUEZ: Traicionará. Todo el mundo traiciona, porque todo el mundo tiene miedo. ¿Y sabes por qué? ¡Porque ya no queda nadie puro!

VICTORIA: Padre, yo pertenezco a este hombre y usted no puede arrebatármelo después de haberle dado mi mano en matrimonio.

EL JUEZ: Si tanto le amas, márchate con él. Pero aquí no puede quedarse.

Llaman brutalmente a la puerta.

EL JUEZ: ¿Qué pasa?

UN GUARDIA: (*Desde fuera*). Por haber dado asilo a un sospechoso, todos los que habitáis esta casa os quedaréis reclusos en su interior mientras dure la cuarentena.

DIEGO: (*Riendo a carcajadas*). ¿Ves cómo es la nueva ley que tú defiendes? Al final, ¡henos aquí todos hermanados!: Juez, acusados y testigos.

EL JUEZ: (*A la hija*). La casa está condenada por culpa del hombre al que amas. Pero, en cuanto le denuncie, la volverán a abrir de nuevo...

El juez da un paso hacia la puerta.

VICTORIA: ¡No, padre! ¡Se lo suplico!

EL JUEZ: Tengo la ley de mi lado y tengo que cumplirla.

VICTORIA se interpone entre su padre y la puerta, enfurecida.

VICTORIA: Si lo hace, escupiré sobre su ley y también sobre su honra. Si usted tiene la ley, para mí tengo yo el derecho de los que se aman.

EL JUEZ: ¡Apártate!

VICTORIA: (*Dura*). Uno solo de los cabellos del hombre al que quiero es para mí más precioso que el mismo cielo. Sé que no aprueba lo que hago y que la carne tiene sus culpas igual que el corazón tiene sus crímenes. Por eso le ruego que no le entregue. Porque, si lo hace, tendrá que arrancarme la vida y pasarme por encima.

EL JUEZ: Y lo haré, no te quepa duda. Y, después de hacerlo, denunciaré al hombre que tanto quieres y me denunciaré a mí también por haberte asesinado.

VICTORIA: (*Horrorizada, abrazándose a DIEGO*). Entonces, abrázame y llévame contigo, Diego. ¡Podrámonos juntos si hace falta!

DIEGO: (*Apartándose, arrepentido*). Déjame. Tengo vergüenza de lo que hemos llegado a ser.

VICTORIA: También yo tengo vergüenza. Tanta que ojalá pudiese morirme ahora mismo para dejar de sentirla.

DIEGO se lleva las manos a la cabeza, horrorizado, y se escapa bruscamente por la ventana. El juez corre tras él para impedirlo, pero VICTORIA evita que lo consiga. Se miran, tensos. El juez se sienta a la mesa, conteniéndose, como si no hubiese pasado nada. VICTORIA mira llorando hacia la ventana.

VICTORIA: Ya va siendo hora de que revienten los bubones. No somos los únicos. Toda la ciudad tiene la misma fiebre.

EL JUEZ: ¡Perra!

VICTORIA: ¡Juez!

VICTORIA le sirve la cena, como si nada. Acto seguido, como poseída, huye por el mismo hueco que su amado. El juez se toma

su cena sin inmutarse. Oscuridad en la casa. La luz vuelve a la plaza, donde NADA, EL CURA y EL ALCALDE pasean viendo el trasiego del sepulturero.

EL ALCALDE: ¿Qué noticias hay del gobierno?

NADA: Todas saludables: Los reyes abdican unos en otros, las Juntas son incapaces de controlar el avance de las tropas enemigas y las Cortes promulgan leyes que no llegarán a cumplirse nunca.

EL CURA: *(Ataviado como un alto cargo de la curia)*. ¡Gracias al cielo! ¡Hasta del caos se tiene que nutrir la Iglesia!

NADA: Más allá de esta isla solo habitan sueños y utopías. Mientras el supremo orden nos gobierne nada debe preocuparos. Pese a las habladurías liberales que os lleguen, a todos los diputados se les ha dado orden de votar a favor del nuevo gobierno.

EL ALCALDE: Pero, ¿y si algunos osan votar en contra? Sobre todo los que han venido de las colonias...

EL CURA: ¿Y si consiguen abolir el Santo Oficio y aprobar leyes revolucionarias como la igualdad de derechos o la libertad de prensa?

NADA: Nada de eso ocurrirá. Se les hará ver que son solo espejismos y se les persuadirá de volver a los principios de siempre, que nunca cambian aunque cambien las palabras.

EL ALCALDE: ¿Los principios?

NADA: Los buenos principios dicen que el voto es libre. Entonces, ateniéndonos a los buenos principios, consideraremos como válidos solo aquellos votos que hayan sido expresados libremente como favorables al gobierno. En cuanto a los otros, para garantizar que la libertad de elección haya sido la correcta, serán restados del sufragio resultante.

EL ALCALDE: *(Confuso)*. Claro, ya comprendo... Pero, ¿no había dicho usted que el voto era libre?

NADA: Así es, en efecto. Pero un voto negativo no es un voto libre. Es un voto sentimental y, por consiguiente, al encontrarse sometido a las pasiones, no tiene valor alguno y debe computarse como nulo.

EL CURA: ¡Con la fe pasa lo mismo!

EL ALCALDE: ¡No había pensado en eso!

NADA: Es que no tenía usted una idea justa de lo que es la libertad. Todo el país está invadido por una potencia extranjera... ¿No se da cuenta? ¡Es usted el alcalde de la única ciudad verdaderamente libre! ¡España es Cádiz y Cádiz es España!

El ALCALDE sonríe, satisfecho y orgulloso. Entran en el Palacio. DIEGO llega a la plaza, furtivo, tratando de escapar. Descubre que VICTORIA le sigue.

DIEGO: *(Entre penumbras)*. ¡Deja de seguirme! Soy yo quien debe huir. ¿No ves que tú aún puedes salvarte?

VICTORIA: *(Decidida, valiente)*. ¿Salvarme de qué? No quiero salvarme si no es para compartirlo todo contigo. Además: el deber está al lado de aquel a quien se ama, ¿no?

DIEGO: ¡No tendría que haber entrado en tu casa! ¡Jamás me perdonaré haberos puesto en peligro!

VICTORIA: Y yo jamás te habría perdonado que te hubieras ido dejándome aquí sola.

DIEGO: ¿Sola? ¡Tienes tanta fuerza que me haces sentir hasta vergüenza de ser hombre!

VICTORIA: Yo no soy fuerte. ¡Si me mantengo en pie es gracias al ímpetu de nuestro amor! ¿No lo entiendes?

DIEGO: *(Derretido)*. ¡Ah! ¡Cuánto daría por abrazarte de nuevo entre las dunas!

VICTORIA: ¿Y qué te lo impide?

Él avanza lentamente hacia ella, que a su vez avanza hacia él. No dejan de mirarse. Van a juntarse cuando surge entre ellos
LA SECRETARIA.

LA SECRETARIA: ¿Qué hacen?

VICTORIA: *(Asombrada)*. ¡El amor, por supuesto!

Ruido terrible en el cielo. Cañonazos.

LA SECRETARIA: Hay palabras que no deben ser pronunciadas y actos que están prohibidos.

Da un golpe a DIEGO en la axila y lo marca por segunda vez.

LA SECRETARIA: ¿Ven lo que pasa por desobedecer la norma? Si antes era usted sospechoso, ahora ya está contaminado. *(Mira a DIEGO)* ¡Qué lástima! Un muchacho tan apuesto... *(A VICTORIA.)* Verá cómo a partir de ahora ya no le parece igual de apetecible...

LA SECRETARIA sale. DIEGO mira con horror su nueva señal. A punto de llorar, trata de abrazarse a VICTORIA, que le repele, súbitamente asqueada. DIEGO, enloquecido, acaba abrazándola.

VICTORIA: ¿Qué haces?

DIEGO: No, ¿qué haces tú? ¿Por qué ya no quieres abrazarme?

La aprieta contra sí. La chica vuelve a rechazarle.

VICTORIA: *(Debatiéndose)*. ¡Me haces daño! ¡Déjame!

DIEGO: ¡Tienes miedo!, ¿verdad? (*Ríe como un loco. La sacude.*) ¿Dónde está ahora todo ese amor que decías? ¿Dónde los caballos que querías cabalgásemos juntos? ¿Para qué me sirves si no te pudres a mi lado y tu cuerpo lo acaban disfrutando otros? ¡Demuéstrame tu cariño y muere conmigo al mismo tiempo!

VICTORIA: (*Horrorizada*). ¿Te has vuelto loco? ¡Suéltame!

DIEGO la suelta, gimiendo.

VICTORIA: ¿Quieres que muera contigo? ¿Eso quieres? Pues pídemelo sin obligarme a hacerlo. Deja de mirarme de esa forma... Deja que encuentre de nuevo en tus ojos la ternura a la que me tenías acostumbrada y deja que mi corazón decida...

DIEGO: (*Llorando, avergonzado*). Tú eres lo que más aprecio en este mundo y la idea de perderte... (*Arrepintiéndose, se aparta de ella*) ¡Por favor, perdóname!

VICTORIA: (*Llora, lanzándose hacia él*). ¡No! ¡Perdóname tú a mí por dudar una milésima! Te quiero, Diego. Si para demostrártelo es necesario seguirte hasta el infierno, moriré abrazada a ti hasta darte mi último suspiro. ¡Aquí estoy!, ¿ves? ¡No tienes que obligarme! ¡Vamos, bésame! Comparte conmigo tu destino. ¡No tengo miedo!

Se abrazan, arrebatados. DIEGO se separa bruscamente de ella y la deja temblorosa en medio de la escena.

VICTORIA: ¡No me dejes!

DIEGO: (*Recapacitando*). Es una locura, ¿no lo entiendes? ¡Me niego a condenarte!

VICTORIA: ¿Y qué? Lo único que deseo es consumirme en tu misma fiebre y sufrir tu misma llaga.

DIEGO: ¡Tú no, Victoria! Soy yo el que ha sido marcado. Soy yo quien debe irse con los otros. Ahora que soy como ellos entiendo cuánto necesitarán de alguien que no les tenga asco.

VICTORIA: ¿Y yo qué? Si mueres envidiaré la tierra que recibirá tu cuerpo y me consumirá la pena. ¡Bésame y ahórrame tanta agonía!

DIEGO: Tú estás del otro lado, con los que viven.

VICTORIA: Te repito que quiero estar contigo, morir contigo si es preciso. Basta con que me des un beso y que tu aliento se confunda con el mío...

DIEGO: Han prohibido el amor, ¿no lo recuerdas? ¡Vete! ¡Tienes que sobrevivirme!

VICTORIA: ¡Te lo suplico! Nosotros les demostraremos que se equivocan, que el amor no puede prohibirse ni entiendo de derrotas...

Se oyen más cañonazos. Gritos.

DIEGO: ¡Tengo que irme, Victoria! ¡Me esperan los campos de cadáveres!

DIEGO hace ademán de irse, entre lágrimas. VICTORIA, enloquecida, le retiene, le arranca la camisa y, en gesto de amor casi suicida, trata de besar las marcas del muchacho. DIEGO lo evita y la aparta, zarandeándola.

DIEGO: ¡Vive y haz que este amor tan grande merezca alguna vez la pena! (*Furioso*) ¡Márchate te digo! ¡Vete o abrazaré con desesperación tu hermosura y acabaremos los dos en una tumba celebrando nuestras nupcias! ¡Sálvate, amor! ¡Y no me sigas!

La carreta con los muertos pasa y DIEGO se monta en ella. VICTORIA grita y lo ve marchar, impotente y desolada.

VICTORIA: ¡Mis ojos ya no ven! El amor me ha dejado ciega. Campos de cadáveres o de praderas, ¿qué importa ya dónde vayan a caer mis lágrimas? (*Llora, perdiendo la razón. Algunas MUJERES del pueblo, solidarias, se acercan para llevársela*) ¡Se ha ido! ¡Se ha marchado con los muertos y no ha querido llevarme! ¿Para qué me ha dejado aquí si también yo ya estoy muerta? (*Gime*) ¡Ay, soledad! ¿Por qué hemos cargar nosotras con todo el dolor del mundo? ¿Por qué, en lugar de suspiros, no salen de nuestras bocas furiosos vientos? ¿Por qué nuestros ajuares se convierten en mortajas? ¡Lloremos juntas, gaditanas, y ahoguémonos en esta isla condenada! ¿De qué nos servirá la gloria si al final dormiremos solas?

El coro de mujeres desaparece entre lágrimas. Oscuridad. Luz sobre el muelle. Chapoteo de aguas. DIEGO entra, de incógnito, y llama a alguien que vislumbra en el mar.

DIEGO: ¡Eh! ¡Amigo!

EL PESCADOR: ¿Quién va?

EL PESCADOR asoma su cabeza por el muelle, clandestino.

DIEGO: ¿Qué haces?

EL PESCADOR: Estraperlo. ¿Se te ofrece algo?

DIEGO: ¿Traes cosas a la ciudad?

EL PESCADOR: Antes pescaba, pero ahora trapicheo con los navíos ingleses que recalán en la bahía. ¡Allí hay familias enteras a salvo de la peste! Yo les llevo y les traigo provisiones.

DIEGO: Llévame con ellos.

EL PESCADOR: ¿A dónde?

DIEGO: ¡Al mar! A los barcos.

EL PESCADOR: ¡No puedo! Las gentes del barco lo prohíben. No se fían de nadie.

DIEGO: ¿Por qué?

EL PESCADOR: ¿Por qué va a ser? (*Mira en torno a sí.*)
¡Por los miasmas! ¡Puedes estar infectado y llevar la plaga a las embarcaciones!

DIEGO: (*Desesperado*). ¡Te pagaré lo que me pidas!
¡Necesito salir de aquí cómo sea!

EL PESCADOR: ¿De cuánto estamos hablando?

DIEGO: De todo el dinero que sea preciso.

EL PESCADOR: Entonces, ¡sube! Hoy la mar está en calma.

DIEGO va a saltar, pero LA SECRETARIA aparece por detrás de él. El PESCADOR se esconde tras las sombras.

LA SECRETARIA: ¡No! Usted no embarcará.

DIEGO: ¿Qué?

LA SECRETARIA: No está previsto que deserte. Y además, le conozco.

DIEGO: (*Retador*). ¿Y quién me lo va a impedir?

LA SECRETARIA: Yo, porque tengo asuntos pendientes con usted.

Ella retrocede un poco como para atraerlo hacia atrás. Él la sigue, como hipnotizado.

LA SECRETARIA: Sabe quién soy, ¿verdad? Aunque sólo cumplo órdenes, al mismo tiempo, tengo el derecho a vetarle.

Hojea su cuaderno.

DIEGO: Los hombres de mi sangre no pertenecen más que a la tierra.

LA SECRETARIA: Precisamente por eso usted me pertenece. (*Seductora*) Aunque yo preferiría poseerle de otra forma, la verdad...

Juega con su cuadernillo, sonriente.

DIEGO: Prefiero su odio a sus sonrisas.

LA SECRETARIA: Como quiera. De todas formas, esta conversación tampoco es muy reglamentaria que digamos. ¡No puedo evitarlo! Usted me gusta y reconozco que el cansancio me pone muy sentimental. Además... ¡Hace ya tanto que no sopla el viento!

LA SECRETARIA se abanica con el cuadernillo, provocadora. DIEGO intenta arrebatárselo, pero ella lo evita, divertida.

LA SECRETARIA: (*Sonriendo*). No insista. Aquí no hay nada que le interese, créame.

Tiende una mano hacia él como para hacerle una caricia. DIEGO la esquiva y se vuelve hacia el PESCADOR.

DIEGO: (*Desolado*). ¡Maldita sea! ¡Se ha ido!

LA SECRETARIA: Ese desdichado es solo uno más que se cree libre. Sin embargo su nombre está aquí inscrito; como el de todo el mundo.

DIEGO: ¡Basta ya! ¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué no tacha entonces ya el mío de ese libro y acabamos de una vez por todas?

LA SECRETARIA: A su debido tiempo. Cada ciudad tiene su archivador, con sus horas y sus listas. Este es el de Cádiz. Y le aseguro que está redactado con precisión milimétrica y que no se olvida a nadie. Es tremendamente fácil, ¿ve?

LA SECRETARIA tacha un nombre en su cuadernillo con entusiasmo colegial. Se oye un grito acompañado de un chapoteo. El PESCADOR parece haberse ahogado. DIEGO se asoma al mar, aterrorizado.

LA SECRETARIA: *(Falsamente arrepentida)*. ¿Ha sido el barquero? ¡Qué casualidad!, ¿no?

DIEGO la mira con asco y espanto.

LA SECRETARIA: Tengo un oficio ingrato, lo confieso. Es fatigoso y requiere de mucha disciplina. Al principio titubeaba, se lo aseguro. Pero ahora la mano ya jamás me tiembla.

Se ha ido acercando a él según iba diciendo estas frases hasta tocarle. Él, repentinamente, la coge por el cuello, enfurecido.

DIEGO: *(Desafiante)*. ¡Termine esta comedia! Haga su trabajo y no se divierta conmigo. ¡Vamos! ¡Máteme! ¡Tácheme de su maldita lista! *(Pausa)* ¿Qué ocurre? ¿Se atreve con miles y no es capaz de matar a un hombre solo? ¿No se atreve a acabar conmigo aquí, ahora mismo, mirándome directamente a los ojos?

DIEGO la suelta, despectivo. Algunos HOMBRES y MUJERES del pueblo salen de sus escondrijos, admirados...

DIEGO: Es más limpio matar a un hombre borrando su existencia con un simple lápiz que matarlo mientras grita su rebeldía, ¿verdad? ¡Pues le juro que, mientras viva, yo la negaré con mis gritos hasta que me quede una milésima de aliento!

LA SECRETARIA: (*Asombrada*). ¡Vaya! ¡Cuánto hacía que no sentía escalofríos!

DIEGO: ¡Cállese! Yo soy de una raza que honraba la muerte tanto como la vida. Pero desde que usted y su amo aparecieron, vivir y morir son dos deshonras...

LA SECRETARIA: Es verdad...

DIEGO: ¿Cree que no nos damos cuenta? Nos traen dolor y hambre para agotarnos, nos roban las fuerzas para anularnos la voluntad y el derecho a la furia. Nos separan, nos enfrentan, nos distraen con entelequias, con una promesa de paraíso que no existe y que nunca existirá. Nos convierten en masa, en gráficos, en estadísticas... Cada uno de nosotros está solo a causa de la cobardía de los otros. Pero si todos nos unimos contra usted, usted no es nada. Y todo ese poderío desplegado que oscurece nuestro cielo, no será más que una sombra, una nube negra que, en un segundo, el viento furioso disipará algún día. ¿En serio cree que todo puede resumirse en un libro lleno de tachaduras? ¿De verdad piensa que solo somos fórmulas y cifras? ¡Se equivoca! En su perfecta nomenclatura se ha olvidado de las rosas salvajes, de las señales del cielo, de los aromas del verano, del mar imprevisible... Se han olvidado de lo raros y preciosos que podemos ser los hombres. ¡Han olvidado nuestra espontaneidad y nuestra cólera! (*Ella ríe.*) No se ría. ¡No se ría, imbécil! ¡Son ustedes los que están acabados, se lo aseguro! ¡Míreme! En medio de sus aparentes victorias, ya están vencidos, porque hay en el hombre una fuerza que ustedes no podrán reducir nunca, una locura mezcla de miedo y de valor,

ignorante y suicida, que algún día se levantará y acabará en un solo instante con su gloria.

Ella ríe. Él la abofetea, y al mismo tiempo los hombres y mujeres del pueblo se arrancan las mordazas y lanzan un largo grito de alegría. Con su impulso, DIEGO ha aplastado su marca. Se lleva la mano a ella y la contempla luego, sorprendido.

LA SECRETARIA: (*Maravillada*). ¡Magnífico! Me gusta todavía más cuándo se pone tan colérico.

DIEGO: ¿Qué me ha hecho?

LA SECRETARIA: ¿No se da cuenta? La marca desaparece. ¡Continúe! ¡Va usted por buen camino!

DIEGO: ¿Estoy curado?

LA SECRETARIA: Voy a contarle un secretillo... El sistema de ellos es excelente, tiene usted razón, pero en todo este engranaje siempre ha habido un pequeño fallo...

DIEGO: No comprendo.

LA SECRETARIA: Un fallo, un resquicio. Basta que un hombre supere su miedo y se rebele para que toda su maquinaria chirríe y ponga en jaque su perfecto estado de las cosas. No digo que se detenga, ¡nada más lejos! Pero la máquina... Chirría... Y, en ocasiones, a veces, termina por atrancarse.

Silencio.

DIEGO: ¿Y por qué me dice eso?

LA SECRETARIA: Bueno, ya sabe: Una siempre tiene sus debilidades. Además, el mérito no es mío: lo ha encontrado usted sin ayuda de nadie.

DIEGO: ¿Me habría indultado si no le hubiera pegado?

LA SECRETARIA: No. Había venido para excluirle, según el reglamento.

DIEGO: O sea, que ahora soy mucho más fuerte, ¿no?

LA SECRETARIA: Depende. ¿Sigue teniendo miedo?

DIEGO: No.

LA SECRETARIA: Entonces ya no puedo nada en su contra. Y, si le sirve de consuelo, creo que es la primera vez que me agrada que el reglamento no se cumpla...

LA SECRETARIA se retira suavemente. DIEGO se palpa la cicatriz, atónito. Del muelle llegan unos gemidos. DIEGO se vuelve y auxilia al PESCADOR, que regresa agotado tras zozobrar su barca. DIEGO le ayuda a salir del agua.

EL PESCADOR: *(Con esfuerzo)*. ¡Gracias, hermano! ¡Creí que el océano me tragaba! Pero, justo cuando estaba a punto de desfallecer, me acordé de mis hijos. Escupí el agua salada, liberé mis brazos del peso del miedo y volví nadando hasta la costa.

DIEGO le sonrío, entendiéndolo. Se oyen cañonazos lejanos.

EL PESCADOR: *(Mirando al cielo)*. ¿Qué es eso?

El cielo se ha iluminado, en efecto. Se ha levantado un ligero viento que sacude algunos paños tendidos. El pueblo les rodea, algunos quitándose tímidamente las mordazas.

MUJER 2: ¡Dicen que los franceses se retiran! ¡Viva el rey Fernando!

HOMBRE 4: ¡Se retiran porque Cádiz está muerta! ¿Para qué quieren una ciudad tomada por la Peste?

DIEGO: (*Al pescador*). ¡Se retiran porque a una tiranía le sucede después otra! ¡Pero ya he descubierto el secreto, compañero! ¡Borrad las estrellas! ¡Abrid las ventanas! ¡Agrupad a los enfermos! El verdadero enemigo es el miedo, así que quitad las mordazas y gritad conmigo que ya no tenéis miedo. ¡El viento sopla con fuerza por las azoteas y llegan tiempos de esperanza!

TELON Y FIN DEL SEGUNDO ACTO.

Tercera Parte, el Cádiz heroico

Una vez más ha pasado el tiempo. La ciudad muestra ahora un aspecto más reconocible, como de los años 30 del siglo XX. (Los personajes también irán ataviados con indumentarias inspiradas en esta época). En efecto, el viento agita con timidez la ropa tendida y alguna que otra bandera republicana semiclandestina, sin que por ello los símbolos y la torre de LA PESTE hayan perdido poderío. De hecho, los cimientos de su torre, sus muros, ahora aparecen horadados de balazos y de nichos abiertos en hileras como en los cementerios. Música marcial y radiofónica de la época. Al amparo de la noche, el HOMBRE 5, encubierto, llega corriendo portando una lata de pintura. Tacha las estrellas de LA PESTE de alguna de las puertas y escribe proclamas sobre las paredes: "Libertad", "¡Viva Cádiz, la Rusia chica!". Luego rompe cristales de alguna ventana o escaparate para robar alimentos y arroja una bomba incendiaria contra la Iglesia, que empieza a ser pasto de las llamas. Gritos de alarma. Luz y ventanas que se abren. DOS GUARDIAS (son los ángeles de LA PESTE, evolucionados a militares del momento) aparecen, apresan al incendiario y se lo llevan. La MUJER 2 llega gritando, espantada. DIEGO y EL PESCADOR, caracterizados como obreros, salen y le ayudan a apagar las llamas.

MUJER 2: *(Vestida de negro, como las beatas). ¡Serán perros! ¿No tenemos ya bastante sufrimiento? ¿Qué les habrá hecho Dios para que quemen su casa?*

DIEGO: *¡Agua! ¡Agua! ¡Salid de los escondites y ayudadnos con las llamas!*

Otros miembros del pueblo, vestidos humildemente de la época, salen de sus escondrijos y aplacan el incendio. Se oyen disparos y ruidos de cristales rotos en la lejanía. El pueblo se muestra amedrentando.

DIEGO: (*Arengándolos*). ¡Sin miedo! Ésa es la condición: ¡Recordadla! ¡De pie todos los que puedan! ¡Sin mordazas!

EL PESCADOR: ¿Sin mordazas, camarada? El viejo temor no ha abandonado aún nuestros corazones, porque tenemos hambre y nos aterroriza perder el mendrugo que nos alimenta.

DIEGO: ¡Perderéis el mendrugo y la vida si no vencéis el miedo a perderlo todo! ¡Despertad! ¡El enemigo no es el que quema las iglesias ni esos carabineros que nos vigilan desde los cuarteles! ¡El verdadero enemigo es el miedo!

MUJER 2: ¡Qué fácil es decirlo! Al principio nos dijeron que la peste desaparecería con la llegada del invierno, pero el invierno no parece llegar nunca. Dentro de estos muros todo está detenido, incluso el tiempo. Ese viento que sopla no huele a mar, como antiguamente, sino a camposanto. El aliento que respiramos es siempre el mismo aire putrefacto: el hálito de la muerte. Los pozos y los huertos se han secado. Nos robamos los unos a los otros un trozo de pan duro que no podemos masticar porque ya ni siquiera nos quedan dientes. ¿Cómo no temer si el miedo es el único sustento?

DIEGO: Recordando que es la peste la que nos descarna, la que nos hace dudar, la que separa a los amantes y la que marchita nuestras flores. ¡Contra ella hay que luchar! ¡No lo olvidéis nunca!

EL PESCADOR: Pero, ¿cuándo llegará el invierno y vendrá otra vez la primavera? Yo quiero volver a la mar, vender mi pescado y ver crecer a mis hijos. ¡No quiero resignarme a morirme aquí desesperado!

DIEGO: ¿Quién habla de desesperarse? La desesperación es la mordaza. ¡Si queréis conservar la esperanza, destruid vuestros certificados, abandonad las filas del miedo y gritad “libertad” por los rincones!

Todos gritan “Libertad” alzando el puño, excepto la MUJER 2. Suena un trueno.

EL PESCADOR: ¿Habéis oído? Quizás sean las primeras lluvias del otoño. *(Se quita la mordaza y huele el aire)* ¡Sí! ¡Yo he sido toda mi vida marinero y os juro que este olor a viento viene del mar, del otro lado de las murallas! ¡Quitaros las mordazas!

LA PESTE se asoma desde su torre, seguida de LA SECRETARIA y de NADA.

LA SECRETARIA: ¿A qué viene este revuelo? ¿Es que estamos de charla? ¡Pónganse las mordazas de nuevo!

Algunos obedecen. Pero un grupo de hombres se sitúa al lado de DIEGO, ofreciendo resistencia.

LA PESTE: Parece que empiezan a moverse, ¿no?

LA SECRETARIA: Sí, como siempre que el final se acerca.

LA PESTE: Habrá entonces que tomar medidas.

LA SECRETARIA: Tomémoslas.

Abre su cuadernillo y lo hojea con un poco de cansancio. NADA reaparece en su faro ataviado y armado como un militar de rango (tipo personaje crucial en el alzamiento del 36).

NADA: ¡Por fin llega el momento de cumplir estrictamente con el reglamento! Pero, en mi opinión, Excelencia, creo que son ustedes demasiado comprensivos...

LA PESTE: Hablas demasiado.

NADA: *(Cínico)*. He aprendido tantas cosas a su lado que no puedo reprimir el entusiasmo.

LA PESTE: Vuelve a tu trabajo, borracho. *(A LA SECRETARIA)* Y usted, empiece ya.

LA SECRETARIA: ¿Por dónde y por quién comenzamos esta vez?

LA PESTE: Por el azar. Es más sorprendente.

DOS GUARDIAS entran a la plaza, detienen arbitrariamente a dos hombres del pueblo, los colocan contra el muro para ser fusilados y les apuntan con sus armas. LA SECRETARIA tacha dos nombres de su cuaderno y, tras dos golpes secos, los hombres caen muertos al suelo. Terror en los demás. Los GUARDIAS borran las proclamas escritas y vuelven a pintar la estrella de la muerte sobre las puertas.

DIEGO: *(Al fondo con una voz tranquila)*. ¡Morir no nos da miedo! ¡Resistid!

Los hombres se reagrupan valientes junto a DIEGO. El viento sopla cuando el pueblo avanza.

LA PESTE: ¡Tache a éste!

LA SECRETARIA: ¡Imposible!

LA PESTE: ¿Por qué?

LA SECRETARIA: ¡Porque no tiene miedo!

LA PESTE: ¿Y eso cómo es posible? ¿Acaso ya lo sabe?

LA SECRETARIA: Tiene sospechas.

LA PESTE: (*Suspicaz*). ¿Y por qué lo dice con ese tono melancólico? No habrá sido usted quien le ha informado, ¿verdad?

LA SECRETARIA: No. Lo ha descubierto él solo. Tiene ese don.

LA PESTE: Tendrá ese don, pero también yo tengo mis medios. ¡Pruebe con otra cosa!

LA PESTE sale. Los GUARDIAS se van tras su estela. El pueblo aprovecha para retirar a los muertos y llorarlos. LA SECRETARIA desciende hacia la plaza y todos se apartan, espantados.

LA SECRETARIA: (*Al pueblo*). ¿A qué viene esta absurda resistencia? Las revoluciones ya no sirven a ideales ni necesitan insurrectos. Todo eso por lo que ahora dais la vida, mañana será una simple anécdota. Para eso ya tenemos a nuestros ejércitos y a nuestras máquinas. Vosotros no tenéis que molestaros en hacer nada. Basta apretar una tecla para echar abajo un gobierno y sustituirlo por otro que os sea mucho más conveniente. ¿No es eso mejor, después de todo? Mientras que vosotros descansáis como sonámbulos, nosotros pensamos en vuestro lugar y decidimos qué porción de felicidad os hace verdaderamente falta.

EL PESCADOR: (*Conteniéndose*). ¡Con qué ganas destriparía a esa asquerosa!

LA SECRETARIA: En serio. Consideradlo un momento: ¿No sería mejor dejar las cosas como están? Cuando un orden está ya establecido, siempre cuesta muchísimo cambiarlo. Y si este orden os parece insoportable, quizás podríamos buscar fórmulas que puedan hacérselo más beneficioso...

MUJER 2: (*Intrigada*). ¿Cómo?

LA SECRETARIA: ¡No lo sé! Pero vosotras, que sois mujeres, que sabéis bien lo que cuesta traer la vida al mundo,

¿no creéis que es mejor rendirse y conservar lo que se tiene antes que perderlo todo?

Algunos hombres y mujeres se acercan a LA SECRETARIA, tentados.

DIEGO: ¡No la escuchéis! ¡Está tratando de engañaros!

LA SECRETARIA: ¡Yo jamás engaño! Yo solo digo lo que es siempre razonable.

HOMBRE 5: ¿Y qué tendríamos que hacer? ¡Lo primero que queremos es curarnos y dejar de pasar hambre!

LA SECRETARIA: Bueno... Antes que eso quizás podríamos constituir con ustedes una especie de comité que decidiera el criterio a seguir en las exclusiones. Quien tuviera en propiedad este cuaderno, por ejemplo, podría decidir la suerte de sus propios vecinos o, incluso, de sus propios familiares...

Agita el cuaderno. El HOMBRE 5 se lo arrebatata.

LA SECRETARIA: *(Falsamente indignada)*.¿Le importaría devolvérmelo? Ya sabe que es muy delicado y que basta tachar en él el nombre de uno de sus conciudadanos para que éste muera en el acto.

Hombres y mujeres rodean al poseedor del cuaderno, zarandeándolo.

HOMBRE 5: *(Violento, con el cuaderno abierto)*. ¡Dejadme! *(Mirando a otro hombre, con odio)*. ¡Tú, maldito! ¡Me quitaste mis tierras! ¡Págamelas ahora con lo que más aprecias!

El HOMBRE 5 tacha un nombre del cuaderno y, tras un golpe seco, el hombre al que se refería cae muerto en el suelo. Espanto. Una mujer le quita el libro al hombre intrigado y hace lo propio mirando con resentimiento a otra de las mujeres.

MUJER 3: *(Desorbitada, vengativa).* Y tú, ramera, me robaste el amor de mi marido. Y por culpa de tu padre denunciaron a mi hermano y me lo mataron al garrote. ¡Que te coman los gusanos!

La MUJER 3 tacha el nombre de la susodicha y, tras el correspondiente golpe, ésta cae también muerta. Todos luchan por el libro en feroz enfrentamiento. Gritos.

NADA: *(Entre risotadas).* ¡Todos unidos al fin, aunque sea para matarse unos a otros! ¡Bendita guerra que lo limpia todo! ¡Arriba España!

Se va. Todos siguen peleándose violentamente por el libro. La PESTE reaparece, sonriente, y LA SECRETARIA ocupa de nuevo modestamente su puesto junto a ella. Todo el mundo se queda inmóvil, con los ojos levantados. Los GUARDIAS rodean al pueblo y les apuntan con sus armas.

LA PESTE: *(A DIEGO).* ¡Ya ves! ¡Ellos mismos me hacen el trabajo! ¿En serio te merece la pena defenderlos?

DIEGO y EL PESCADOR se precipitan sobre quienes tienen el cuaderno y lo recuperan. DIEGO lo coge y lo hace trizas.

LA SECRETARIA: *(Sonriente, sacando otro idéntico).* Es inútil. Tengo una copia.

DIEGO hace retroceder a los hombres hacia el otro lado.

DIEGO: ¡Retiraros! ¡Todo ha sido una trampa!

Algunos ciudadanos se alinean junto a DIEGO, otros dudan.

LA PESTE: Cuando los hombres tenéis miedo, siempre es de vosotros mismos. Basta asustaros un poco para que empecéis a odiaros inmediatamente los unos a los otros...

DIEGO: *(Que se ha puesto frente a él, valiente)*. ¿Tú ves miedo en mis ojos? ¿Ves odio en mi pecho? No, ¿verdad? ¡Pues esa es la clave de nuestra victoria!

Los GUARDIAS acorralan aún más a DIEGO y a sus hombres y les apuntan con sus armas.

LA PESTE: *(Amenazador)*. ¡Silencio! Soy yo quien pone agrio el vino y seca los frutos. ¡Soy yo quien mato los sarmientos si quieren dar uvas y quien los reverdece si deben alimentar el fuego! ¡No lo olvidéis nunca! ¡Me asquean vuestras sencillas alegrías y vuestras patéticas esperanzas! Tengo horror de este país, en el que se pretende ser libre sin ser rico. Tengo las prisiones, los verdugos, la fuerza, la sangre... Si no os doblegáis ante mi, esta ciudad será arrasada y, sobre sus escombros, la Historia agonizará en el hermoso silencio de las sociedades perfectas. ¡Silencio, pues, o lo aplasto todo!

Los ciudadanos que dudaban, horrorizados, abandonan a DIEGO y se alinean, sumisos, junto a LA PESTE, colocándose voluntariamente sus mordazas (La mujer 2, La mujer 3, el hombre 5, etc...) Sin embargo, algunos GUARDIAS también

dudan y varios deciden colocarse junto a DIEGO. Los dos bandos se retan entre sí, apuntándose amenazadores con sus armas (las que sean, de cualquier índole; rifles, hoces, palos, guadañas...), en triste metáfora de las dos "Españas" al borde del enfrentamiento. Ruidos de bombardeos y de consignas o partes de guerra de ambos bandos crecen desde el silencio hasta confundirlo todo en un espantoso estruendo. En algún lugar del escenario se podrían proyectar imágenes representativas de la Guerra Civil.

LA PESTE: (Apagándolo todo con un gesto de desprecio). ¡Ya basta! No es necesario este despliegue. Prefiero hacerlo según mi norma, que es menos estridente. ¿Acaso olvidáis que aún me quedan mis rehenes?

A su señal, los que han decidido seguirle se retiran. Los que quedan junto a DIEGO, se agrupan, expectantes. NADA se sitúa junto a LA SECRETARIA, que abre enigmática su cuaderno. Ambos miran fríamente a DIEGO. LA SECRETARIA le da a chupar a NADA la punta de su lápiz. Este obedece y, a una señal de LA PESTE, LA SECRETARIA tacha parsimoniosamente un nombre.

NADA: (Casi lamentándolo). Y eso es precisamente la eternidad: un paraíso de archivadores y de listas llenas de rehenes...

Golpe seco. NADA sale dando paso a los GUARDIAS y LAS ENFERMERAS (Mujer 2 y Mujer 3) que retornan portando a VICTORIA moribunda sobre una camilla. LA PESTE sonrío, satisfecha. DIEGO, al descubrirla, se arroja junto a ella, espantado.

DIEGO: (*Precipitándose*). ¡No, esto no! ¡Tú no, Victoria!
¡Tú no! ¡Y menos de esta forma! (*Acariciándola, tembloroso*)
¡Vuelve, niña mía! ¡Abre los ojos y regresa! ¡No te rindas! ¡No
te dejes llevar a ese lado del mundo donde no puedo encontrarte!
(*Desesperándose*) ¡No me abandones y quédate conmigo!

VICTORIA *gime, débil. DIEGO le sonrío, entre lágrimas, colmándola de besos.*

DIEGO: ¡Eso es, vida mía! ¡Lucha! ¡Vente hacia la orilla, a
ese sitio secreto de la playa donde siempre vamos a querernos!
¡Contigo en mi corazón soy capaz de todo! Pero seré incapaz de
nada si me dejas...

VICTORIA: Cuando muera me olvidarás, tu corazón seguirá
latiendo fuerte y se sobrepondrá a toda esta desgracia. ¡Me
olvidarás, Diego! ¡Y es horrible morir sabiéndolo!

VICTORIA *solloza, dolida. DIEGO la abraza, desolado.*

DIEGO: ¡Jamás te olvidaré! ¡Mi memoria será más larga que
mi vida! ¡Yo haré que nuestro amor sea recordado por los siglos
de los siglos!

MUJER 2: (*Situada en el bando de LA PESTE, pero
conmovida*). ¡Inclínate, Diego! Grita tu pena y acúsate:
¡Arrepiéntete! ¡Deserta de esta guerra y ríndete! ¡El cuerpo de
esta mujer era tu patria y sin ella no eres nada! ¿De qué te sirve
la memoria enterrada bajo tierra?

LA PESTE *ha llegado despacio junto a DIEGO. La MUJER 2 se
aparta.*

LA PESTE: Entonces, ¿qué? ¿Renunciamos?

DIEGO mira el cuerpo de VICTORIA con desesperación.

LA PESTE: ¿No ves que no tienes fuerza y que, ante mi, es mejor darse por vencido?

DIEGO: *(Después de un silencio)*. Cámbiala a ella por mí. Te lo suplico.

LA PESTE: ¿Perdón?

DIEGO: Lo que has oído. Déjala vivir a ella y mátame a mí. Quiero morir en su lugar.

LA PESTE: *(Sorprendido)*. ¡Qué idea tan disparatada!

DIEGO: Es una idea que se tiene cuando uno se siente fuerte.

LA PESTE: ¡Pero si yo soy la fuerza misma! ¿Por qué tendría que aceptar tu súplica?

DIEGO: ¡Quítate el uniforme! ¡Lucha conmigo de igual a igual y yo te diré quién de los dos es el más fuerte!

LA PESTE: *(Renegando y sonriendo)*. ¿Has perdido el juicio?

DIEGO: *(Desorbitado, retándole)*. ¡Desnúdate! ¡Cuando los hombres de la fuerza se quitan su uniforme y se descubren desnudos a los otros, no son tan fuertes como dicen!

LA PESTE: Quizá. Pero su fuerza está en haber inventado el uniforme.

DIEGO: *(Arrogante)*. ¿Sí? Pues la mía está en rechazarlo. Así que mantengo el trato.

LA PESTE: Piénsatelo mejor. La vida tiene cosas buenas.

DIEGO: Mi vida no vale nada. Lo que cuentan son las razones de mi vida.

LA PESTE: *(Cambiando de tono)*. Escucha. Si me ofreces tu vida a cambio de la de ella, estoy obligado a aceptarla. Pero yo te propongo otro trato que seguro te parecerá más deseable: Te

doy la vida de esta mujer y os dejo huir a los dos a cambio de que me des en pago el destino de esta ciudad y la rindáis para mi reino de inmediato.

DIEGO: (*Reniega, temerario*). ¡Eso nunca! Yo también conozco mis poderes, ¿sabes?

LA PESTE: (*Encogiéndose de hombros*). En ese caso, seré franco contigo: O soy dueño de todo, o no lo soy de nada. Si tú te me escapas, se me escapa la ciudad. Es la regla. Una vieja regla que ni yo mismo sé de dónde viene.

DIEGO: (*Creciéndose*). ¿No? ¡Yo sí lo sé! Viene de la noche de los tiempos. Es una regla que es más grande que tú y más alta que todos los patíbulos que puedas construirte. ¡Es la regla de la naturaleza! ¡Y con su fuerza acabo de vencerte!

LA PESTE: ¡Aún no! Te recuerdo que ese cuerpo todavía sigue siendo mi rehén. ¡Mírala! Aún tiene un hálito de vida. Si crees que merece vivir y quieres que viva porque la amas más que a todo, yo estoy dispuesto a devolvértela. A cambio, claro está, de tu propia vida o de la libertad de esta ciudad. Tú decides.

DIEGO mira a VICTORIA. Al fondo, murmullo de voces amordazadas. DIEGO se vuelve hacia sus conciudadanos, les mira. Mira las ruinas de su ciudad, conmovido.

DIEGO: (*A LA PESTE*). ¿Es duro morir?

LA PESTE: Es duro.

DIEGO: Entonces será duro para todo el mundo: para mí, para ella y para todos los que llevamos aquí miles de años soportando este injusto sitio.

LA PESTE: (*Impaciente*). ¡Imbécil! (*Tentador*) ¿Acaso no vale más para ti un solo suspiro de amor de esta mujer que la libertad de todos estos hombres y mujeres nauseabundos? ¡Míralos!

DIEGO: El amor de esta mujer es mi reino. Puedo hacer con él lo que quiera. Pero la libertad de esos hombres solo a ellos les pertenece. No puedo disponer de ella.

LA PESTE: No se puede ser feliz sin hacer daño a los otros. Es la justicia de esta tierra.

DIEGO: Pues seremos entonces de tierras muy distintas, porque yo no he nacido para consentir esa justicia ni jamás la he conocido dentro de mi casa.

LA PESTE: ¿Y quién te pide que la consientas? Tú solo no puedes cambiar el orden de las cosas. Te aseguro que nadie se ríe cuando me siento en el borde de sus camas. Mira si no en los corazones de todos esos hombres...

DIEGO: Desde que las puertas de esta ciudad se cerraron, he tenido mucho tiempo para mirarlos y sentir su morir en el pulso de sus latidos. Sé que no son puros. Yo tampoco. Pero he nacido entre ellos.

LA PESTE: Al final te dejarán solo.

Algunos de los hombres dan un paso adelante, desafiantes. Los que tenían las mordazas vuelven a quitárselas. Otros rompen sus certificados de existencia.

DIEGO: ¡Te equivocas! Ellos ya están dentro de mi corazón. Sobrevivirán, levantarán de nuevo la ciudad y vivirán mejores tiempos...

LA PESTE: *(Sarcástico)*. ¡El tiempo de los esclavos!

DIEGO: ¡El tiempo de los hombres libres!

LA PESTE: Pon a tus “hombres libres” el uniforme de mi guardia y verás en lo que se convierten.

DIEGO: Se volverán cobardes y crueles, como tú, porque se creerán poderosos y con derecho a sentirse superiores. Y no por eso dejarán de ser vulnerables ni sus escudos podrán salvarles de

morir y de arrastrarse como el resto de los hombres. Por eso también tus guardias me inspiran compasión. Y ese es el derecho que te niego.

LA PESTE: A mí me inspiran desprecio. Mientras haya hombres, siempre dispondré de ejércitos y de cobardes que agacharán a mi paso sus cabezas.

DIEGO: (*Por el pueblo*). Agachan sus cabezas porque desde pequeños fueron adiestrados para sentir espanto. Y, si alguna vez llegan a matar, lo harán por sus locuras o por sus temores, pero no al dictado de tu ley ni de tu lógica. No te rías de ellos, porque no nacieron asesinos, sino ávidos de amor en un mundo atroz donde es precisamente el amor lo primero que se les niega. Yo no desprecio más que a los verdugos que hacen cumplir tu absurda normativa sabiendo que es injusta. Y, aún así, ninguno de sus crímenes será nunca comparable al que tú mismo has cometido contra ellos proclamando en ley tu sucio orden de las cosas. (*LA PESTE va hacia él*) ¡Ven cuándo quieras! ¡Te repito que no tengo miedo!

LA PESTE: (*Congratulándose*) ¡Enhorabuena entonces, marinero! Acabas de superar tu última prueba. Si me hubieras dejado esta ciudad, habrías perdido a esta mujer y también tú te habrías perdido junto a ella. Pero has vencido y no me queda más remedio que levantar mi sitio. ¡Desde este mismo instante tu ciudad queda liberada!

Júbilo contenido en el pueblo. Los GUARDIAS arrojan sus armas y todos los ciudadanos se alinean juntos en uno de los extremos, algunos abrazándose, felices...

LA PESTE: ¿Ves? Basta con un insensato como tú para salvar el mundo en un espejismo, es cierto... Pero recuerda que

el insensato debe morir para salvar al resto del rebaño, aunque este no se lo merezca...

DIEGO: *(Temblando)*. El insensato muere...

LA PESTE: Evidentemente. Ese era el trato. ¿O acaso vas a arrepentirte ahora?

DIEGO: Esperaba morir con honor, arrastrado por las sirenas hacia el fondo del abismo...

LA PESTE: Y hacia allí ya irremediamente te encaminas, pero sin honor. Allá donde vas el honor es un lastre fatigoso que no te va a hacer falta. *(Con voz dura.)* Prepárate.

DIEGO: *(Tragando saliva)*. Estoy listo.

A una señal de LA PESTE, LA SECRETARIA abre su cuaderno. Duda. LA PESTE toca a DIEGO con su bastón.

LA PESTE: Las marcas al principio te harán un poco de daño.... *(DIEGO mira con horror las marcas que vuelven a salirle)* ¡Espacio! Sufre un poco antes de morir, te lo ruego. *(Cruel)* Cuando el odio me abrasa, el sufrimiento del prójimo es para mí como un rocío. ¿No gimes? ¡Vamos! ¡Déjame verte sufrir antes de abandonar esta ciudad! *(A LA SECRETARIA.)* Y usted, ¿a qué espera? ¡Haga su trabajo!

LA SECRETARIA obedece y pone la punta del lápiz sobre el cuaderno, reticente y mirando a DIEGO perecer con inesperada lástima.

LA PESTE: Ya cansada, ¿verdad?

LA SECRETARIA afirma con la cabeza y en el mismo momento cambia bruscamente de aspecto. Es una vieja con máscara de muerto.

LA PESTE: (*Renegando*). Siempre he sabido que le falta a usted entusiasmo... ¡Vamos, póngale algo más de odio! Acabemos ya con esto y comencemos de nuevo en otra parte.

LA SECRETARIA: Le recuerdo que el odio no está entre mis funciones. Me obliga usted a trabajar tanto que al final olvido apasionarme.

LA PESTE: ¡Palabras! Si lo que necesita es motivación, encuéntrala en la alegría de destruir. Que esa sí que es su función, ¿no?

Vuelve a darle a DIEGO con el bastón, que cae de rodillas. En paralelo, VICTORIA empieza a recuperarse.

LA SECRETARIA: Destruyamos, entonces. Pero que conste que no encuentro satisfacción alguna en ello.

LA PESTE: ¿En nombre de qué discute usted mis órdenes?

LA SECRETARIA: En nombre de la memoria. Aunque le parezca extraño, aún conservo algunos viejos recuerdos. Antes de trabajar para usted, yo era libre y actuaba asociada con el azar. Nadie me detestaba. Yo era la que terminaba con todo, pero usted me ha puesto al servicio de la lógica y del reglamento y me he acabado corrompiendo. Antes, incluso a veces era caritativa...

LA PESTE: ¿Y quién le pide caridad?

LA SECRETARIA: Los que son menos grandes que la desgracia. Es decir, casi todos. Antes era agradable trabajar, pero hoy ya todos me niegan hasta su último suspiro. Quizá por esa razón aprecio y amo a este que me ha ordenado matar. Él, al menos, me ha elegido libremente y, a su manera, ha tenido piedad de mí.

LA PESTE: ¡No me irrite! Nosotros no necesitamos la piedad.

LA SECRETARIA: ¡Al contrario! Todos los que no tenemos compasión de nadie somos precisamente quienes más necesitados estamos de piedad. Cuando digo que amo a éste hombre quiero decir que le envidio. Esa es la forma que tenemos de amar los conquistadores. Y usted lo sabe.

LA PESTE: ¡Cállese! ¡Empieza usted a aburrirme!

LA SECRETARIA: A fuerza de matar acaba una envidiando la inocencia de lo que se mata, ¿verdad? Tengo envidia de todos estos miserables, sí, incluso de esta mujer (*señala a VICTORIA*) que no volverá a la vida más que para proferir gritos de animal. A ella, por lo menos, el sufrimiento podrá servirle de consuelo.

VICTORIA, como despertando, observa, estupefacta, como DIEGO ha caído casi del todo. LA PESTE interrumpe su desplome y lo deja paralizado, como detenido en el trayecto de su caída. VICTORIA queda enfrente, también suspendida, casi incorporada, manteniendo entre ambos un reflejo invertido.

LA PESTE: ¡Aguarda un poco, hombre! El fin no puede llegar hasta que mi secretaria no culmine el procedimiento necesario pero, ya ves, a última hora le ha dado por ponerse sentimental... ¡Pero no temas! Ella cumplirá con su cometido enseguida. Sé que el dolor es insoportable, pero te aseguro que será cuestión de unos segundos... La máquina rechina un poco, eso es todo. ¡Pero, alégrate, imbécil! Te he devuelto la ciudad y eso es lo que querías, ¿no?

Gritos de alegría en el pueblo. LA PESTE se vuelve hacia ellos.

LA PESTE: Sí, me voy, pero no triunfaréis del todo. ¡Miradme! ¡Mirad el verdadero poder de este mundo y retenedlo para siempre en vuestras retinas! (*Ríe.*) Desde hace milenios he

cubierto de cadáveres vuestras ciudades y vuestros campos. Mis muertos han fecundado las arenas de vuestras playas y sus cenizas han cubierto la tierra hasta volver los cielos irrespirables. ¡Incluso los dioses han sentido asco de vosotros! Y cuando las catedrales han sucedido a los templos antiguos, mis caballeros negros las han llenado de cuerpos agonizantes y de plegarias desoídas. En los cinco continentes, a lo largo de los siglos, he matado sin tregua y sin prisa. Basta una minoría de muertos bien escogidos para obtener una mayoría de esclavos. Y con el tiempo y los avances, la técnica ha ido perfeccionándose y al final, la maquinaria funciona cada vez con mayor eficacia. Por eso, después de haber matado o envilecido a la cantidad de hombres que eran precisos, pondremos a pueblos enteros de rodillas. Ninguna belleza, ninguna grandeza se nos resistirá. Triunfaremos sobre todo.

LA SECRETARIA: Sobre todo, salvo sobre el orgullo.

A lo lejos se oyen ruidos de trompetas y de ejércitos. Algunos hombres, ayudados por los GUARDIAS, empiezan a retirar los bloques del muro y a despejar la escena. Al hacerlo, desvelan que la parte posterior de los bloques ocultaba pantallas y placas llenas de chips (como los interiores de los ordenadores). En las pantallas se pueden ver imágenes de máquinas, aparatos electrónicos, relojes, ordenadores, cables... a la par que otro tipo de imágenes que nos sugieran las grandes pandemias de nuestra era: enfermos, escenas de matanzas humanas y animales, desastres ecológicos, ratas, estercoleros, calles atestadas de gente con mascarillas para evitar el contagio de los virus, programas televisivos basura, redes sociales, globalización, gente sola...

Mientras tanto, al mismo tiempo...

LA PESTE: (*Triunfante*). ¡El orgullo de los hombres es el medio idóneo para propagarme y sobrevivir eternamente! ¡Escuchad! Yo estaré aquí con vosotros para siempre. Crezco y me transformo de manera sutil y multiforme. ¡Honor a los estúpidos, porque ellos preparan mis caminos! ¡Son mi fuerza y mi esperanza! El bacilo de la peste jamás muere ni desaparece. Permanece dormido durante décadas en los muebles, en la ropa que espera pacientemente en las alcobas, en los pañuelos, en los papeles, en las mordazas, en los besos robados e incluso en vuestros estériles sacrificios y vuestras absurdas rebeliones. Siempre llegará un día en que, para vuestra desgracia, volveré para despertar a mis ratas y mandarlas a morir a cualquiera de vuestras ciudades hacinadas. Ese día volveré a sitiaros y por fin reinaré verdaderamente en el silencio definitivo de vuestra podredumbre.

LA PESTE se aleja. LA SECRETARIA suspira y culmina su trabajo. Tacha el nombre de DIEGO en su cuaderno y este cae finalmente al suelo al mismo tiempo que VICTORIA se levanta, repentinamente sana. VICTORIA corre hacia DIEGO, moribundo. LA SECRETARIA se aparta un poco y asiste a la escena, estremecida.

VICTORIA: ¡Diego! ¿Qué has hecho? ¿Para qué me salvas si me quitas a la vez la vida?

DIEGO: Para igualarme con la muerte. Ahí está mi fuerza.

VICTORIA: (*Llorando*). No digas eso, amor. Yo reniego del cielo y de la tierra entera si no estás conmigo para compartirlo. ¡Llévame contigo!

DIEGO: No, este mundo te necesita. Necesita de mujeres como tú, que enseñen a los hombres que hay otra forma de vivir y de morir. ¡Cuéntale a tus hijos nuestra historia!

VICTORIA: ¡No me dejes!

DIEGO: (*Acabándose*). No olvides nunca que tú eres lo que más he amado en esta vida...

LA SECRETARIA acerca la mano a DIEGO, que agoniza y muere. VICTORIA da un grito de dolor y llora, desesperada. Las mujeres la rodean para consolarla mientras los hombres apartan los bloques y abren definitivamente el muro, dejando entrar un fuerte viento de poniente.

LA SECRETARIA: No lloréis, mujeres. La tierra es grata para los que la han amado mucho.

LA SECRETARIA cierra su cuaderno y sale, montándose en su barca y alejándose por el mar con LA PESTE. Miles de ratas corren tras ella. VICTORIA y las mujeres se llevan el cadáver de DIEGO. Arrecia el viento. NADA sube a su faro. Ruidos de marcha militar triunfal y algo distorsionada.

NADA: (*Mirando al horizonte, anhelante*). ¡Mirad! ¡Unos se van y otros que vuelven! ¡Son los mismos de siempre! Nuestros protectores; los que nos asustan y los que se resignan. ¡Qué alivio sentir sobre mis hombros otra vez el cobijo de el Estado!

Por los resquicios que han abierto en el muro regresan el JUEZ, el GOBERNADOR, el ALCALDE y el CURA (Todos ataviados ya con relucientes vestidos propios de nuestra época). Los ciudadanos, que continúan retirando bloques del muro, les miran con recelo. EL PESCADOR se acerca sigilosamente a NADA.

NADA: (*Casi con la razón perdida, borracho*). ¡Sed bienvenidos, sastrecillos! ¡Volvéis impolutos, vestidos a medida

para vuestra ceremonia de investidura! (*Crece la música de la marcha militar. Irónico*) ¡Atención! ¡Looor a los que vuelven para escribir la Historia! ¡Ellos pondrán medallas a vuestros héroes y meterán a vuestros muertos bajo las losas! La sangre de los justos iluminará ahora los muros del mundo y nuestros gobernantes, que procuran nuestra felicidad, recibirán en su nombre todas las condecoraciones. ¡Alegraos! ¡Os esperan horas de discursos y tertulias! (*EL PESCADOR acorrala a NADA, que ríe, ebrio*) ¡Ya lo ves, pescador! Los gobiernos pasan, pero el miedo siempre permanece. ¿Ves cómo sí que hay una justicia?

MUJER 2: ¡No hay justicia! Lo que hay es necesidad de nuevos aires que cicatricen las heridas. ¡Abrid las puertas para que el viento y la sal limpien esta ciudad! ¡Cal viva para enterrar a los muertos y blanquear los sepulcros de Cádiz!

Por los huecos abiertos el viento sopla cada vez más fuerte y ya puede verse el mar a lo lejos, rugiendo furioso. Luz incipiente de verano y graznidos de gaviotas. NADA se ha zafado del PESCADOR y se sitúa en la parte más elevada del faro.

NADA: Sí que hay una justicia, mujer. Pero me asquea. Y, si lo que queréis es empezar de nuevo, no contéis conmigo. ¡No tengo la virtud de la melancolía! (*Mirando al vacío, a la ciudad*) ¡Adiós, luz azul de Cádiz! Este viejo mundo está ya cansado de odios y verdugos. ¡Adiós, inocentes! Algún día aprenderéis cuánto cuesta vivir sabiendo que el hombre no es nada y que la cara de Dios es horrorosa.

NADA se dispara en la cabeza y cae al mar, sin que EL PESCADOR pueda evitarlo. El sol brilla con fuerza, el viento despeina a los habitantes, levanta las faldas de las mujeres y hace ondear las ropas de las azoteas.

EL PESCADOR: ¡Mirad! ¡Mirad cómo el océano le golpea y nos venga con su brisa marinera! ¡Mirad cómo le devoran las sirenas! Su cólera es la nuestra. ¡Hemos sobrevivido al sitio! ¡Dejad que la marea lo inunde todo y que el agua arrastre todas estas horribles fortalezas!

TELÓN Y FIN DE LA OBRA

Albert Camus, 1948

*Juan García Larrondo
Cádiz, primavera 2018*

NOTAS Y REMORDIMIENTOS

A principios de 2011 recibí el encargo del Centro Andaluz de Teatro de realizar una versión "lo más libre y personal posible" de la obra "El estado de sitio" de Albert Camus; una obra nueva, inspirada o recreada en el excelente drama del autor francés que sirviera, por un lado, para formar parte del programa de actos que iban a organizarse de manera inminente en Cádiz de cara al Bicentenario de la Constitución de 1812 y, por otro, para reivindicar la universalidad y atemporalidad de las libertades que con motivo de esa singular efeméride se conmemoraban. El texto de Camus, que es esencialmente una exaltación y un alegato de dichas libertades, estaba ya ubicado en esta ciudad y, su argumento, casi premonitorio, seguía teniendo una infeliz y lúcida vigencia. Se trataba, por lo tanto, de recuperar una obra escrita en francés a finales de los años 40, editada y traducida al castellano por Pedro Laín Entralgo en Alianza Editorial en la década de los setenta y dotarla, en suma, de un ritmo, de un lenguaje y de una dramaturgia que la hicieran comprensible a los tiempos que esos días nos tocaban vivir a los espectadores españoles. Tiempos que, luego, habrían de tornarse aún más aciagos de lo que esperábamos gracias a la irrupción de una crisis económica brutal que, incluso a estas alturas, todavía sigue determinando nuestras vidas y, entre otras cosas, cualquier iniciativa cultural que provenga de nuestras administraciones públicas. La realidad emuló y superó la ficción argumental de la pieza primigenia y, por variopintas razones que no vienen ahora al caso, al final, la consumación de esta puesta en escena fue, sin dudas, el último gran espectáculo "público" que se produjo desde Andalucía. En realidad, con "El estado de sitio" se puso fin a un largo periodo de bonanza (o de despilfarro, según otras teorías) y de grandes producciones escénicas hechas en connivencia con la administración andaluza que apenas han vuelto a repetirse, desgraciadamente, hasta la fecha. Los creadores, los espectadores,

los trabajadores y los profesionales del Medio escénico andaluz - español en general- seguimos aún en estado de sitio mientras escribo estas notas; yo diría que en estado de emergencia. Aguardando todavía una resurrección y una liberación que no parece llegar nunca. Ojalá que "despilfarrar" en Cultura y en Arte en general desde las administraciones públicas no fuera nunca un motivo de extrañeza o de noticia, sino una labor obligatoria y de sobras extendida.

Así que, tras las pocas representaciones que llegaron a hacerse del espectáculo, el trabajo literario y dramático realizado para "recrear" el manuscrito original quedó relegado al olvido, como tantas otras "adaptaciones" de textos clásicos que, a lo largo de la Historia, hemos acometido los autores -con mayor o menor acierto u osadía- a partir de obras de otros creadores que "requerían" ser "revisitadas" primordialmente para fines comerciales. Tamaña responsabilidad siempre supuso para mí un vértigo y una arrogancia que ignoro si algún día me perdonaré. De hecho, no sé si volvería a aceptar de nuevo un encargo semejante, pese a que es incuestionable la necesidad de que ciertos textos sean revisados antes de ser llevados nuevamente a escena y de que las "adaptaciones" se hayan convertido en nuestras actuales carteleras en algo tan asumido como habitual. Nada de eso justifica, sin embargo, la calidad dramática que se obtenga en el resultado final ni su pertinencia y, más allá de las representaciones, raras son las ocasiones en que el público puede acceder a leer o conocer estas "versiones" que se conciben para ser llevadas al escenario con exclusividad. Personalmente, como ya indicaba en el prefacio, "El estado de sitio" fue para mí desde siempre una obra bien conocida y admirada. Quizás pudo más mi vanidad y no pude negarme, simplemente, a sumarme a este proyecto en el que llegué a sentirme como un cómplice privilegiado y a involucrarme de una manera demasiado emocional. Siempre pensando en la escena, hice mías, casi íntimas, las palabras de Camus y me sentí autorizado a "jugar" con ellas con respetuosa y humilde libertad. Y ahí quedó

escrita para la desmemoria esa "versión", esa otra nueva creación "lo más libre y personal posible" que, aún siendo mérito de uno de los más grandes escritores del siglo XX, lleva también entre sus líneas el hálito anónimo de mi sombra: una poética nacida para que una de las obras más cruciales e interesantes del teatro contemporáneo volviera a revivir encima de los escenarios.

El destino ha querido ahora que todo este esfuerzo dramático haya sido reconocido con un galardón literario tan inesperado como infrecuente (el Premio Alfred de Musset de Teatro a obras de nueva creación inspiradas en una obra previa, convocado por Ediciones Irreverentes). Y, aunque de momento, esta "adaptación" (o como tengan a bien denominarla) no pueda ver la luz editorial por la negativa de los agentes literarios de Camus, para bien o para mal, gracias a este reconocimiento me permito dejar aquí -y por otros cauces- el testimonio escrito de mi temeridad por si pudiera resultarle útil nuevamente a cualquier otra compañía, director, intérprete o lector interesado por la obra y por los logros o errores de mi "intercesión" que, evidentemente, ni persigue sustituir al original ni desdibujar lo que ya está por Camus trazado. Tan solo aporto una lectura coincidente, naturalmente mejorable y, con suerte, una oportunidad para acercarla a las necesidades escénicas y a los espectadores de esta época, por si acaso quisiera ser por alguien otra vez representada "con un poco de mí". Como aclaro en el prólogo, el mensaje de la obra de Camus sigue estando vigente y es imprescindible que continuemos recordándolo para no bajar jamás la guardia. La Peste, el horror y las mordazas persisten todavía, al igual que nuestros miedos, sutilmente camuflados, esperando la ocasión propicia para derrotarnos y poner en sitio nuevamente nuestras más esenciales libertades.

*

Para la siguiente "versión" he resuelto acompañar la adaptación del texto con una propuesta escénica y unos tránsitos de tiempo que, naturalmente, constituyen solo un mero punto de partida. He respetado los espacios escenográficos de la obra original y los he distribuido evocando la geografía de la playa gaditana de La Caleta, puerto ancestral y natural de la ciudad de Cádiz, con el único fin de poder aclarar los movimientos de los personajes. A estos he añadido un supuesto "mar" al fondo y un faro. Mi escenografía "sugerida" se inspira en una especie de rompecabezas compuesto de piezas cúbicas (de aspecto pétreo aunque livianas), semejantes a los bloques de hormigón o a las "piedras ostioneras" que, hoy día, aún defienden la ciudad de Cádiz de las embestidas marítimas. Con estas "piezas", que los mismos personajes irían cambiando de posición o apilando hasta construir nuevas "arquitecturas", se haría hincapié en dos propósitos: subrayar el paso del tiempo y crear la sensación de que, conforme avance la obra, toda la embocadura del escenario se podría ir cubriendo de un enorme muro que acabaría por "sitiar" o enterrar a los personajes y aislarlos de todo lo que les circunda. Con estos "cubos" se irían construyendo y destruyendo los distintos espacios escénicos: el faro, las rocas del acantilado, el muelle o espigón, la casa del juez, el templo, el palacio, la iglesia, la plaza del mercado, la fachada del cementerio, las murallas, las puertas, etc... (Algunos de estos elementos podrían asemejarse a ciertos ornamentos arquitectónicos –de manera muy básica– característicos de la actual ciudad de Cádiz: murallas con garitas, puertas de tierra, fachada del viejo cementerio...) Estos detalles se encuentran sugeridos en las acotaciones del texto.

*

El vestuario parte de un atuendo neutro, nudo, casi primitivo. Con ello he pretendido que los distintos personajes (esencialmente los

transeúntes del pueblo y los que tendrán que interpretar varios roles) vayan adquiriendo elementos propios de la forma de vestir característica de las sucesivas épocas por las que el texto va discurriendo (fenicia, romana y medieval en el acto 1, de principios del siglo XIX en el acto 2 y de la Guerra Civil, en el acto 3) Excepto, naturalmente, los personajes de LA PESTE y LA SECRETARIA, de cuyo aspecto el propio Camus deja descripción expresa en su texto original y que yo también comparto.

*

La intencionada superposición de tiempos persigue ir transmitiendo al espectador la sensación de movimiento o devenir histórico, por un lado, y de exasperante inamovilidad, por otro. Pues esa es, a mi juicio, la verdadera naturaleza de esta pieza: el estado de sitio permanente en que vive sometida el alma humana a causa de nuestros propios miedos y su única capacidad de redención a través del sacrificio heroico o del amor. Los cambios escénicos propuestos están diseñados para “reforzar” también la propia idea de aislamiento: ahogar a los personajes en su propia ponzoña hasta hacerles sobrevivir en una especie de cárcel (o de tumba gigantesca). Por ello, los cambios de vestuario, los trampantojos gaditanos y las alusiones a acontecimientos históricos concretos sólo serían coordinadas espacio-temporales para ubicar al espectador y, si cabe, reconocer en lo singularmente gaditano la esencia de la universalidad (o viceversa, naturalmente)

*

Sospecho que hay algo premeditado, algo providencial en este encuentro literario con Camus. Quizás este cruce de caminos sea mi particular justa poética debida hacia el genial escritor y filósofo

francés, cuyos textos teatrales tanto me impactaron y enseñaron desde los inicios de mi trayectoria como dramaturgo. De hecho, su influencia fue más allá de lo meramente literario o de lo intelectual – he de confesarlo– y, muchos diálogos de algunas de sus obras emblemáticas como “Calígula”, “Los justos” o incluso “El estado de sitio”, verbigracia, fueron lecciones magistrales para la creación de mis primeros dramas. Cuanto mayor es mi veneración y mi agradecimiento hacia todo lo aprendido, mucho más grave es, me temo, mi margen de responsabilidad y mi remordimiento.

*

La "versión" que aquí se rescata no es, sin embargo, exactamente igual a la que finalmente se llevó de forma literal a los escenarios (magistralmente interpretada, por cierto, por un espléndido reparto y un trabajo excepcional del personal técnico y del compositor Antonio Meliveo), sino la que he recuperado después, a partir de las distintas recreaciones y reinenciones que hice con anterioridad al estreno y la que, definitivamente, hubiera preferido ver representada. Y ojalá que también la que hubiese aprobado y aplaudido el propio Albert Camus de poder haberla conocido. Por fortuna, es y merece ser siempre su obra original la que prevalezca y sobreviva a todos los asedios, incluido este que nunca sabré si debería o no jamás haber acometido.

Cádiz, 2018.



*ALGUNAS IMÁGENES DE "EL ESTADO DE SITIO"
ESCENIFICADO POR EL CENTRO ANDALUZ DE TEATRO EN
2012.*









CENTRO ANDALUZ DE TEATRO

EL ESTADO DEL SITIO

DE ALBERT CAMUS
DIRECCIÓN JOSÉ LUIS CASTRO

REPARTO

JOSÉ PEDRO CARRIÓN + JUANYMA LARA
+ ESTHER ORTEGA + LUIS RALLO + CELIA VIOQUE
LUIS CENTENO + LARA CHAVES + NEREA CORDERO
+ MARTA ESCURÍN + DIEGO FALCÓN + AMPARO MARÍN
VIRGINIA NOLTING + JAVIER PARRA + E. M. POIKA + ESTHER PUMAR
+ NORBERTO RIZZO + JORGE RUIZ + MIGUEL ZURITA

EQUIPO ARTÍSTICO

VERSIÓN JUAN GARCÍA LARRONDO
MÚSICA ANTONIO MELIVEO
DIRECCIÓN VOCAL JULIA OLIVA
ESCENOGRAFÍA GIULIANO SPINELLI
VESTUARIO PEDRO MORENO
AYUDANTE CRISTINA RODRÍGUEZ DEL VIERO
ILUMINACIÓN MIGUEL ÁNGEL CAMACHO
AYUDANTE DE DIRECCIÓN RAFAEL ABOLAFIA
TRABAJO CORPORAL ANA GARCÍA MORALES
MAQUILLAJE Y PELLUQUERÍA MANOLO CORTÉS

AUDIOVISUALES

REALIZACIÓN NACHO SÁNCHEZ
INFOGRAFÍA ESPERANZA MATEOS
OPERADOR DE CÁMARA JAVIER VILLALÓN
SONIDO MAXI RAMÍREZ + SERGIO ROS
PRODUCCIÓN ELISEDA GUERRA + LAURA CHICÓN
IMÁGENES CEDIDAS POR RTVA Y POR LA EXCELENTÍSIMA DIPUTACIÓN DE CÁDIZ

EQUIPO TÉCNICO

REGIDOR/COORDINADOR ENRIQUE JIMÉNEZ CUEVAS
MAQUINARIA JOSÉ JIMÉNEZ ESPINEIRA
+ JOSÉ MANUEL DELGADO CARIÓN
ILUMINACIÓN JOSÉ MANUEL BRENES MARTÍN + ALFREDO VIQUE
GONZÁLEZ + JUAN LUIS DOMÍNGUEZ LÓPEZ
SONIDO JOSÉ GALLARDO MONGE +
ENRIQUE GONZÁLEZ HORNERO
VIDEO MIGUEL ÁNGEL FRANCO FRANCO
SASTRERÍA M^ª DOLORES RAMÍREZ JIMÉNEZ +
ISABEL VILLAVIEJA LEÓN

MÁNGER DE GIRA CAYETANO CORDOBÉS

OFICINA TÉCNICA

JAIME A. VELASCO BELLILO + MERCEDES LÓPEZ IBÁÑEZ
+ RAMÓN GONZÁLEZ MÉNDEZ + XAVIER DEL CID ARTIEDA +
PALOMA CONTRERAS FERNÁNDEZ + FERNANDO BULNES GARCÍA

OFICINA PRODUCCIÓN

M^ª JOSÉ ÁLVAREZ + CAYETANO CORDOBÉS + ROCÍO MIRA
+ RAMÓN PERERA + RAFAEL VILLARREAL

OFICINA PROMOCIÓN Y DISTRIBUCIÓN

ANA BARRERA + JUAN BOSCO TENA + ENRIQUE PEREGRIN +
NURIA NEBOT
distribucion.aatice@juntaandalucia.es

IMAGEN, ADMINISTRACIÓN

AGENCIA ANDALUZA DE INSTITUCIONES CULTURALES

CENTRO ANDALUZ DE TEATRO

SECRETARÍA DE DIRECCIÓN ESPERANZA DÍAZ
AYUDANTE DE DIRECCIÓN RAFAEL ABOLAFIA
COORDINADORA DE PROGRAMAS MERCEDES PRADOS
DIRECTOR FRANCISCO ORTUÑO MILLÁN
www.centroandaluzdeteatro.es

AGRADECEMOS LA COLABORACIÓN DE
VICTORIE DI ROSA, AGREGADA CULTURAL PARA EL SUR DE ESPAÑA,
CONSULADO GENERAL DE FRANCIA

SINOPSIS UN LUGAR COMÚN

"El estado de sitio", escrita y estrenada por primera vez en 1948 es, sin duda, una de las cimas literarias de Albert Camus. En ella, el genial filósofo, novelista, dramaturgo y ensayista francés, quiso imaginar y hacer inteligible el mito de la Peste para los espectadores de su época. Y eso es precisamente lo que nosotros también hemos intentado. Camus quiso alejar su obra de la estructura teatral tradicional y concibió el espectáculo con la ambición de mezclar en él todas las formas de expresión dramática hasta entonces conocidas. Mi aportación a la recreación actual ha pretendido respetar al máximo esos anhelos, especialmente en el aspecto literario, dejando que las palabras de Camus se aparezcan con las más hasta crear un estilo y un acento que pudieran seguir siendo comprensibles para los oídos de nuestra época. Al final, espero haber pasado desapercibido y haber logrado estar a la altura de su voz, de su mensaje y de su obra.

En cualquier caso, semejante encuentro no habría podido darse sin la existencia de un acervo compartido y de un lugar común. Un lugar mítico pero también necesariamente físico: Cádiz. No es azaroso que Camus eligiera esta ciudad-estado atemporal, atávica, casi épica, para ubicar su drama dentro de sus *terribles fortalezas*. Cádiz, tantas veces asediada, muerta y resucitada hasta ser más eterna que la misma Roma. Es obvio que Camus escogió esta isla vulnerable a todas las pandemias de manera deliberada. Su vinculación afectiva con España, su repulsa a la tiranía franquista y sus cotocimientos sobre nuestra literatura tampoco debieron ser factores ajenos a esta decisión tan "escenográfica". Camus, hombre mediterráneo al fin y al cabo, conoce que el mar es puerta de llegada y término de numerosos viajes. Y sabe que Cádiz, por su particularidad geográfica, es un escenario idóneo para el peor de los asedios: la isla se transforma en cárcel sitiada por la Peste y, de este modo, en el hábitat apropiado para que se propaguen sus miasmas y causen un dramático desenlace entre sus habitantes.

Los gaditanos conocemos sobralamente esa sensación. Nacemos y crecemos con el mar siempre rodeándonos, respirando sus vientos, conviviendo con él en armonía o temiendo desde tiempos inmemoriales. Quizás por eso valoramos tanto la libertad y, probablemente por toda esa conjunción de coordenadas geográficas y románticas, Camus decidió que Cádiz era el

lugar perfecto para poner en sitio las libertades esenciales de los hombres y probar hasta dónde es capaz el ser humano de llegar con sus miserias o con sus proezas, sin ningún Dios ni otro gobierno más que el totalitarismo de la muerte. Y para enfrentarse a tan definitiva adversidad creó el autor a Diego, protagonista y héroe que, a la manera de los tragedias clásicas, inspirado por el amor a sus semejantes y a la libertad, sacrificará su vida para salvar la ciudad y, con ella, la alegoría de una humanidad condenada a sufrir hasta extinguirse. Esa es precisamente la esperanza que Camus defiende, el hombre en el que él cree, que tiene la obligación moral de derrotar a sus peores miedos para ser libre y medrar luego como especie. Por ello su obra es tremendamente visionaria. De hecho, aún hoy el miedo sigue siendo el peor enemigo de los hombres. No hay mayor esclavitud que la de sobrevivir asfixiado entre el terror intrínseco a existir y el terror que nos infligimos a nosotros mismos. Las epidemias ahora se propagan de formas diferentes y se transmiten a velocidades cibernéticas. Hemos alcanzado grandes libertades, pero nunca antes hemos sido tan vulnerables, tan manejables, tan temerosos a reconocer lo mucho que nos necesitamos los unos a los otros para seguir viviendo.

Ciertamente, el argumento de "El estado de sitio" no ha perdido vigencia, aunque hoy todo es mucho más sutil. De ahí el aviso a negantes del autor francés: los bacilos de la Peste jamás muere ni desaparecen. Permanecen ahí, adormecidos, esperando el día y la ocasión de mandar a sus ratas a cualquiera de nuestras ciudades para ponerles sitio. Por eso los diálogos de Camus siguen siendo paradójicamente tan actuales. Yo me he impregnado de ellos, me he revestido con su mensaje de valentía y me he posicionado a la sombra de su genio y de su latitud. Solo soy un soldado más de este gran proyecto en el que tantos y tan buenos profesionales participan, un ciudadano de un lugar común asomado al escenario de un Cádiz universal y utópico que es una metáfora de nuestro mundo, constantemente en sitio. Añado mi pulsión, una emoción compartida y solo me hago eco de las palabras que ya Camus nos dejó perfectamente escritas y que, en definitiva, son las únicas que importan y merecen quedar en nuestra memoria colectiva.

JUAN GARCÍA LARRONDO
Cádiz, invierno 2012

FICHA TÉCNICA ESPECTÁCULO CAT 2012



*"CAMUSFLAJE" IMAGINARIO DE
ALBERT CAMUS CON JUAN GARCÍA LARRONDO*

www.juangarcialarrondo.com

<http://elandreion.blogspot.com/search/label/Estado%20de%20Sitio>

